

SARAH POMEROY, STANLEY BURNSTEIN,
WALTER DONLAN Y JENNIFER TOLBERT

LA
ANTIGUA
GRECIA

HISTORIA POLÍTICA, SOCIAL Y CULTURAL



CRÍTICA

Capítulo 1

LA GRECIA PRIMITIVA Y LA EDAD DEL BRONCE

Uno de los principales héroes culturales de Grecia fue Odiseo, un «varón ... que ... conoció las ciudades y el genio de innumerables gentes. Muchos males pasó por las rutas marinas ...» (*Odisea*, I, 3-4). Al igual que este héroe legendario, los griegos se sintieron atraídos de manera irresistible por las tierras lejanas. Desde los primeros momentos de su historia y durante toda la Antigüedad se aventuraron a surcar los mares en busca de tierras extrañas, ganándose la vida como mercaderes, colonizadores y soldados mercenarios. El carácter limitado de los recursos naturales de su país obligó a los griegos a mirar al exterior, y tuvieron la suerte incommensurable de vivir cerca de las riberas mediterráneas de Asia, África y Europa. En el siglo V a. C. ya habían fundado colonias en toda la cuenca mediterránea, desde España a la costa occidental de Asia, y desde el norte de África al mar Negro. El filósofo Platón (ca. 429-347 a. C.) comparaba los centenares de ciudades y colonias griegas que bordeaban las costas del Mediterráneo y del mar Negro con un coro de «ranas alrededor de un estanque» (*Fedón*, 109b). Aquellos griegos que llegaron a extenderse por tierras tan lejanas dejaron un legado extraordinario de grandes logros en los terrenos del arte, la literatura, la política, la filosofía, las matemáticas, la ciencia y la guerra. Su historia es tan larga como fascinante.

EL PAÍS GRIEGO

Una historia de los griegos (*Héllēnes*) debe empezar por la descripción del país, pues el medio natural de un pueblo —el paisaje, el clima y los recursos naturales— constituye un factor fundamental para determinar cuál es su modo de vida y cómo se desarrolla socialmente. Grecia (*Hellás*) ocupa la parte meridional de la península Balcánica, que se adentra en el Mediterráneo oriental. Su territorio abarca asimismo las is-

las que circundan el continente por el este y por el oeste, y se extiende además hasta las grandes islas de Creta y Rodas.

Grecia tiene más o menos las dimensiones de Inglaterra en Gran Bretaña o del estado de Alabama en los Estados Unidos. Su paisaje es muy abrupto, pues las montañas ocupan casi el 75% del territorio. Sólo un 30% más o menos de la tierra es cultivable, y sólo en torno a un 20% puede calificarse de buena desde el punto de vista agrícola. Excepto la zona norte del territorio continental, donde hay amplias llanuras, las montañas y las colinas dividen el país en numerosas planicies costeras, altiplanicies y pequeños valles. Las cadenas montañosas, no excesivamente altas (entre 1.000 y 2.700 metros), son muy escarpadas y abruptas, hacían que los desplazamientos por vía terrestre fueran muy difíciles en la Antigüedad, y contribuyeron a aislar los pequeños valles y sus poblaciones.

La vía de comunicación más cómoda era con diferencia la marítima, sobre todo en las islas y en la zona meridional del territorio continental, donde la costa no dista nunca más de 60 kilómetros de ningún punto. Las islas diseminadas por el Egeo facilitaban los desplazamientos por mar. Es cierto, sin embargo, que los escarpados litorales ofrecen un número relativamente pequeño de buenos puertos, y esos lugares estuvieron ocupados continuamente desde los primeros tiempos; pero los marinos nunca llegaban a estar demasiado lejos de alguna rada segura en la que pudieran recalar durante la noche o atracar en caso de tormenta. Durante toda la Antigüedad, las aguas del pequeño mar Egeo unieron a los griegos con el Oriente Próximo y con Egipto en los ámbitos comercial, cultural, político y militar. Los vínculos comerciales fueron fundamentales, pues, a excepción de la piedra para la construcción y de la arcilla, Grecia carece de materias primas. La necesidad del comercio ultramarino para la adquisición de materias primas, especialmente el bronce, obligó a los griegos desde los primeros momentos de su historia a volver sus ojos hacia el mar y a ponerse en contacto con las civilizaciones más antiguas del este y del sur.

El clima mediterráneo es semiárido, con veranos largos y secos e inviernos cortos, frescos y húmedos, y es en esta época en la que se producen la mayoría de las precipitaciones. Este esquema general varía en Grecia de una región a otra. La zona norte tiene un clima más continental, con inviernos mucho más largos y húmedos que en el sur. La mayor parte de las precipitaciones afectan a la zona occidental del continente, mientras que las islas del Egeo son mucho menos lluviosas. El clima generalmente benigno permite el ejercicio de actividades al aire libre durante la mayor parte del año. Pese a ser muy rocoso, el suelo de Grecia es bastante rico; las tierras más fértiles se encuentran en las pequeñas llanuras en las que la tierra de las colinas arrastrada por las lluvias ha formado, con el paso del tiempo, profundos sedimentos. Las laderas de las colinas, de naturaleza bastante escarpada, pueden cultivarse en terrazas, método que impide el progreso de la erosión, al tiempo que recoge la tierra de la cima. Las montañas, con sus escarpados picos de caliza y sus profundos barrancos, producen sólo vegetación silvestre, pero en algunas se abren valles aptos para el desarrollo de la agricultura y el pastoreo. La madera, fundamental como combustible y para la construcción, y sobre todo para la fabricación de barcos, era originariamente abundante en las zonas montañosas. Con el paso del tiempo, sin embargo, los bosques fueron agotados y aproximadamente en el siglo V a. C. las regiones más pobladas se vieron ya obligadas a importar madera. El agua, el recurso natural máspreciado, escasea en Grecia, pues hay muy pocos ríos que corran todo el año, y pocos lagos, estanques y manantiales. A diferencia de lo que ocu-

ría en los grandes valles fluviales de Egipto y Mesopotamia, el regadío a gran escala no era posible en Grecia; la agricultura dependía de las precipitaciones anuales, por lo demás bastante limitadas.

Deberíamos subrayar que esta descripción del país y de los recursos de Grecia es excesivamente general. Pese a sus pequeñas dimensiones, Grecia posee una gran variedad de paisajes y microclimas, en los que las precipitaciones, la cantidad y la calidad de las tierras labrantías, los pastos y las materias primas son muy diversos. En general, sin embargo, la tierra —que los griegos llamaban *Gaia*, la «Madre Tierra»— permitía a la mayoría de los labradores llevar una vida decente, aunque modesta. Pero no ofrecía garantías. La sequía, sobre todo en las regiones más áridas, constituía una amenaza constante y temida. Un invierno seco comportaba un año de carestía, y una sequía prolongada significaba hambre y pobreza para aldeas y comarcas enteras. Las lluvias torrenciales, por otro lado, podían hacer que las aguas se precipitaran violentamente por las laderas de las colinas y las torrenteras secas, destruyendo rápidamente las terrazas, inundando los campos, y arruinando las cosechas. La vida en el mar era igualmente imprevisible. Pese a ser casi siempre un mar tranquilo y con buenos vientos, el Egeo podía en ocasiones embravecerse con tormentas feroces capaces de echar a pique barcos, cargamentos y tripulación. (La muerte por ahogamiento en el mar, que además no permitía enterrar los cadáveres, se consideraba en Grecia una suerte horrorosa.) Teniendo en cuenta hasta qué punto se encontraban los griegos a merced de la tierra, los cielos y los mares, no es de extrañar que los dioses que adoraban fueran personificaciones de los elementos y las fuerzas de la naturaleza.

Alimentación y ganadería

En general, el suelo y el clima de Grecia permiten más que de sobra el cultivo de la «tríada mediterránea», cereal, vid y olivo. El pan, el vino y el aceite de oliva constituyeron durante toda la Antigüedad y siguieron haciéndolo mucho después la base de la dieta griega. Los cereales —trigo, cebada y avena— se crían perfectamente en el suelo de Grecia, y fueron cultivadas a partir de las variedades silvestres nativas. El olivo y la vid, plantas también indígenas de Grecia, conocieron un gran auge en su variedad cultivada. Las legumbres (guisantes y habas), y diversos tipos de verduras, frutas (sobre todo higos), y frutos secos, constituían un suplemento de los componentes básicos de la alimentación, formados por el pan, las gachas y el aceite de oliva, y les daban alguna variedad. El queso, la carne, y el pescado, alimentos ricos en proteínas y grasas, completaban su dieta; no obstante, la carne constituía una parte muy pequeña de la ingestión diaria de alimento de una familia media, y como el pescado tampoco es muy abundante en el Mediterráneo, ambos productos se tomaban como «aditamento» secundario de la comida principal. A los griegos no les gustaba la mantequilla y tomaban poca leche. Sus bebidas eran el agua o el vino (normalmente aguado). La miel se utilizaba como edulcorante, y se empleaban diversas especias para realzar el sabor de los alimentos. Aunque pueda parecer monótona para los gustos actuales, la dieta griega era muy sana y nutritiva.

El pastoreo de pequeños animales no interfería en la agricultura. Los rebaños de ovejas y cabras pastaban en los terrenos escarpados que no podían utilizarse como campos de cultivo o en los barbechos, y de paso proporcionaban estiércol. Al ser las en-

cargadas de suministrar lana, queso, carne y pieles, ambas especies tenían una gran importancia económica. Los griegos criaban asimismo cerdos, muy apreciados por su carne, y aves de corral. Los dos animales domésticos de más talla, caballos y vacas, ocupaban un nicho especial en la economía y la sociedad helénicas. Los bueyes (toros castrados) y las mulas (híbrido de caballo y asno) eran necesarios para arar los campos y como animales de carga. Un agricultor que no dispusiera de una yunta de bueyes o un par de mulas podía ser calificado de pobre. Los rebaños de vacas y los caballos suponían una seria competencia a la agricultura, pues las grandes extensiones de prados que necesitan eran también buenas tierras de cultivo. Hablando en términos prácticos, la cría de ganado vacuno y equino a gran escala (si exceptuamos las llanuras del norte del país) sólo era posible en épocas de baja densidad de población. Al ser unos bienes tan caros, vacas y caballos constituían un símbolo de riqueza. El ganado vacuno se criaba fundamentalmente por su carne y su piel. Los caballos eran la principal marca de condición social elevada: animales hermosos, caros de sostener, y útiles sólo para la monta y como tiro de carros ligeros.

Esta vida agrícola y pastoral permaneció básicamente inalterable durante toda la historia de Grecia. El hecho fundamental desde el punto de vista económico de que la Grecia antigua fue ante todo un país de agricultores a pequeña escala (la mayoría de la población vivía en aldeas y pequeñas ciudades) determinaría todos los aspectos de la sociedad griega, desde la política a la guerra o la religión. Se ha calculado que incluso entre los siglos V y III a. C., el período en el que las cotas de población fueron más altas, casi el 90% de los habitantes de una ciudad-estado se dedicaba a la agricultura. Una de las grandes fuerzas de cohesión de las ciudades-estado griegas era la devoción que sentían los labradores-ciudadanos por sus pequeños campos de labranza y las colinas que los circundaban, y su disposición a morir defendiendo la «tierra de sus antepasados», como la llamaba el poeta Homero. Y la principal fuerza de disgregación que podemos apreciar a lo largo de toda la historia de Grecia fue la constante tensión existente entre los ciudadanos que poseían muchas tierras y los que poseían pocas o ninguna.

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA GRECIA PRIMITIVA

La verdadera historia de Grecia, en el sentido de los acontecimientos específicos que afectaron a una serie de individuos concretos, no empezaría hasta el siglo VII, cuando la escritura permitió registrar lo que sucedía en el mundo griego. El conocimiento de lo que había ocurrido anteriormente llegó en forma de los antiguos *mythoi* («relatos»), transmitidos oralmente de generación en generación durante siglos. Los historiadores de la antigua Grecia aceptaron esos mitos, muchos de los cuales habían sido fijados por escrito, como hechos históricos y los utilizaron para reconstruir la historia primitiva de su pueblo. Los historiadores modernos, en cambio, al darse cuenta de cuánto pueden cambiar los viejos relatos a medida que van contándose una y otra vez, se muestran en general bastante escépticos respecto a su valor histórico, aunque es posible que algunos contengan elementos verídicos.

La principal leyenda del pasado griego era el mito de la Guerra de Troya, el asedio al que fue sometida durante diez años la gran ciudad fortificada de Troya, situada al noroeste de Anatolia (la actual Turquía), por un gran ejército de griegos al mando de Agamenón, rey de Micenas, importante ciudad del Peloponeso. Si realmente existió esa

guerra (entre los historiadores modernos reina una gran división de opiniones al respecto), habría tenido lugar durante el siglo XIII a. C., en el punto culminante de la prosperidad y el poderío militar de la Edad del Bronce. Para los griegos de época posterior, los principales depósitos de conocimiento en torno al mundo de la Guerra de Troya eran la *Iliada* y la *Odisea*, dos largos poemas narrativos atribuidos a Homero, al que consideraban el poeta más grande de su historia. Esos poemas fueron compuestos, sin embargo, cinco siglos después de la Guerra de Troya, en torno a 750-700 a. C. Ambas obras aciertan al presentar la época de la Guerra de Troya como un período de gran riqueza y esplendor arquitectónico, pero en el largo proceso de transmisión oral la sociedad real del Bronce Reciente había sido olvidada por completo. El tipo de sociedad reflejado en los poemas se halla de hecho cronológicamente mucho más cerca de la del propio poeta.

Las discrepancias entre el modo en que los griegos del siglo VIII imaginaban el mundo de la Edad del Bronce y cómo fue éste en realidad, han sido puestas de manifiesto por los descubrimientos arqueológicos. Casi todo lo que sabemos de la Grecia primitiva se basa en el estudio de los restos arqueológicos. La arqueología (el estudio de los *archaia*, de las «cosas antiguas») científica o sistemática tiene apenas un siglo de antigüedad. Hasta finales del siglo XIX los anticuaristas habían excavado los viejos enterramientos y poblados interesándose básicamente sólo por el descubrimiento de objetos de arte más o menos preciosos, sin utilizar los artefactos encontrados y los demás hallazgos para reconstruir la naturaleza y la historia del yacimiento excavado. En la actualidad, la arqueología es una ciencia que utiliza métodos y equipos muy sofisticados para extraer la más mínima información de los restos materiales. Ha pasado mucho tiempo desde las primeras expediciones organizadas, cuyas técnicas resultan muy toscas según los criterios habituales hoy día. Pero debemos admirar los logros de aquellos primeros arqueólogos que, inventando la disciplina a medida que iban trabajando, fueron los primeros en descubrir y describir las civilizaciones antiguas del Oriente Próximo, de Egipto y de Grecia.

Gracias a la ciencia de la arqueología, los estudiosos saben en la actualidad muchas más cosas acerca de la sociedad y la cultura de la Grecia primitiva que los propios griegos antiguos, que sólo las conocían a través de los mitos y la leyenda. Pese a todo, siguen siendo muchas las preguntas sin respuesta y aquéllas a las que se ha dado una respuesta parcial. La arqueología de la prehistoria posee únicamente fragmentos silenciosos de las civilizaciones antiguas. Los distintos escenarios de la historia se hallan enterrados muy lejos de la superficie, cada nivel de habitación se ha visto aplastado por la enorme fuerza de los estratos sucesivos y ha sido erosionado por el tiempo y las fuerzas de la naturaleza. Encajando (a veces literalmente) los distintos testimonios, los arqueólogos pueden reconstruir con bastante exactitud los aspectos materiales de la vida y de la sociedad. Mucho más difícil resulta, sin embargo, extraer de los restos arqueológicos conclusiones acerca del comportamiento o las creencias de la sociedad. En este sentido, los arqueólogos del Egeo son muy afortunados, pues poseen no sólo una gran cantidad, sino también una gran variedad de materiales para reconstruir a partir de ellos la sociedad; esos materiales van desde la cerámica pintada o la pintura mural a los relieves, la escultura y, lo que es más importante, la documentación escrita, conservada en tablillas de arcilla. Todos esos testimonios han contribuido a mejorar infinitamente nuestro conocimiento de la cultura griega primitiva.

GRECIA DURANTE LA EDAD DE PIEDRA

Durante este siglo, la arqueología de la Grecia primitiva ha dado pasos de gigante: en cambio, por lo que respecta a la Edad de Piedra, al estar el país tan poco poblado en esta época, sigue reinando una gran oscuridad. Los humanos vivieron en Grecia por lo menos desde el Paleolítico Medio (ca. 55000-30000 a. C.). Esos primeros habitantes vivían principalmente de la caza y la recolección de plantas silvestres, utilizaban herramientas finamente talladas y armas de piedra, madera y hueso. A finales de la Era Glacial, cuando empezaron a retroceder los hielos que habían cubierto la mayor parte de Europa (ca. 12000 a. C.), el clima de Grecia se calentó considerablemente; a lo largo de este proceso, el paisaje y su flora y fauna fueron modificándose hasta alcanzar sus formas actuales. Los testimonios procedentes de una cueva del sur de Grecia, en el lugar llamado Franchthi, demuestran que los hombres de finales de la Era Glacial cazaban ciervos y otros animales más pequeños, pescaban en las aguas costeras, y recolectaban cereales, guisantes y habas silvestres, así como frutos secos. Probablemente tenían también alguna experiencia en la navegación marítima en pequeños barcos construidos con cañas y pieles.

A comienzos del Neolítico (ca. 6500-3000 a. C.), los hombres aprendieron a cultivar los cereales y otras plantas silvestres y a domesticar animales, inaugurando la economía agrícola y ganadera que constituiría el principal pilar de la vida griega hasta los tiempos más recientes. Este nuevo modo de vida, que reproducía un proceso iniciado en el Oriente Próximo casi dos mil años antes, quizá fuera introducido en el país por nuevos pobladores llegados de la Anatolia occidental. El cultivo de las plantas constituye un acontecimiento crucial en la vida del hombre. Permite el incremento de la población y obliga a la práctica del sedentarismo. El Neolítico fue testigo de la aparición de los primeros poblados agrícolas permanentes, formados por casas de una sola habitación, similares por su construcción a las del Oriente Próximo. Las casas se hacían de adobe sobre cimientos de piedra, con pavimentos de tierra apisonada y tejados planos o a dos aguas hechos de paja o maleza. El tipo de casa neolítica y la costumbre de concentrar casas en pequeñas comunidades permanecerían inalterables durante milenios en Grecia y en el Oriente Próximo. Dadas las favorables condiciones climáticas de la Edad de la Piedra Nueva, los poblados fueron creciendo y se formaron otros nuevos.

La organización social de los pequeños poblados de la Edad de Piedra probablemente fuera muy sencilla. Las familias cooperaban y compartían las cosas con sus vecinos, la mayoría de los cuales eran además parientes. Debemos suponer que por entonces se establecería la división del trabajo por sexos y edades y el dominio de los varones sobre las mujeres, y aunque ningún individuo o ninguna familia ocupara una posición de predominio, probablemente unas veces un hombre y otras otro asumieran la jefatura con carácter temporal, según las necesidades del momento. Sin embargo, en un punto determinado del proceso de crecimiento de la población aparecieron los papales dirigentes con un carácter más formal y duradero. Esa posición de jefatura semipermanente fue ocupada por un tipo de persona que los antropólogos llaman «gran hombre» u «hombre principal», por alguien que sepa «mandar». Su carácter fuerte, su sentido de la responsabilidad, su sabiduría a la hora de resolver las disputas, su valor ante el peligro, y otras cualidades por el estilo lo sitúan en primer plano y lo mantienen en ese lugar. Con el tiempo, esa posición se convierte en una especie de «cargo» al que accede otro hombre que demuestre ser más idóneo para él que otros aspirantes, cuando

el viejo hombre principal se retira o muere (o es derrocado). Es casi seguro que durante el Neolítico se produjo este tipo de «jerarquización» política y social. Más tarde, la división en dos grupos, el pequeño colectivo de los que dirigían y el más grande de los dirigidos, se convertiría en un rasgo permanente de la vida política de Grecia.

LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES DEL ORIENTE PRÓXIMO

Mientras en Grecia y en otros rincones del continente europeo iban evolucionando las sociedades jerarquizadas, en el Asia occidental y en el norte de África se formaba un nuevo tipo de sociedad: el «estado» y la «civilización». Cuando los griegos alcanzaron una civilización elevada (en torno al 1600 a. C.), las culturas civilizadas del Oriente Próximo y Egipto tenían ya 1500 años de antigüedad. Los maestros directos de los griegos habrían sido los cretenses, que alcanzaron ese nivel en torno al 2000 a. C., pero incluso en Creta el desarrollo de la civilización fue fruto también del contacto con las civilizaciones más antiguas. La historia de la civilización griega antigua enlaza con las civilizaciones de Oriente.

La región en la que surgió la civilización más antigua fue llamada más tarde por los griegos Mesopotamia, «el país entre los ríos» Tigris y Éufrates. En esta extensa y fértil llanura fluvial, la capacidad de organizar y dominar el medio natural y social había llegado a un nivel bastante alto hacia el 3500 a. C. Por primera vez en la historia universal aparecieron el regadío a gran escala, la tecnología de los metales, las grandes ciudades, la administración burocrática, unas redes comerciales complejas, y la escritura.

La mayoría de estos nuevos elementos hunden sus raíces en la cultura mesopotámica primitiva. El camino hacia la civilización fue fruto del progreso competitivo y de la interacción de algunos elementos que crearon un efecto de espiral. Los avances en la tecnología del regadío incrementaron la producción de alimentos, que a su vez permitió un ulterior incremento de la población. La responsabilidad de los gobernantes y su capacidad de movilizar la mano de obra y los recursos necesarios para unos proyectos de regadío cada vez más ambiciosos les dieron más poder y les permitieron convertirse en una clase dirigente privilegiada, netamente diferenciada de la masa del pueblo. El apetito cada vez mayor de objetos suntuarios en consonancia con la elevada condición que mostraron las elites gobernantes, incrementó la cantidad y la calidad de la manufactura nacional y provocó la rápida expansión de un comercio de materias primas y productos exóticos con países lejanos. Esos bienes se pagaban con los excedentes cada vez mayores producidos por la tierra, que pasó en una proporción cada vez mayor a ser controlada por los dirigentes.

La civilización egipcia, surgida hacia 3200 a. C. a lo largo del estrecho y largo valle del Nilo, siguió la misma trayectoria que las civilizaciones del Oriente Próximo, con la diferencia de que Egipto se convirtió muy pronto en un reino unido a las órdenes de un único faraón (rey). Las civilizaciones del Egeo, Creta y Grecia seguirían el modelo del Oriente Próximo, caracterizado por la existencia de ciudades-estado y reinos distintos.

Ciudades-estado y reinos

En Mesopotamia, a medida que fue progresando la producción agrícola, los poblados habitados por cientos de personas se convirtieron en ciudades con millares o inclu-

so decenas de millares de habitantes. En las fértiles zonas de regadío, la ciudad más grande y más poderosa dominaba a las más pequeñas y a las aldeas de los alrededores, aglutinándolas en una sola entidad política, administrada desde la capital. El territorio de esas primeras ciudades-estado, como suele llamárselas, era bastante pequeño, por regla general no más de unos pocos centenares de kilómetros cuadrados; sin embargo, el avance que supuso el paso de la comunidad más o menos vaga de ciudades y aldeas a la creación de un estado centralizado cambió el curso de la historia de la humanidad.

Con la civilización, la sociedad se estratificó en gran medida. El príncipe y sus subordinados inmediatos tomaban todas las decisiones, que eran puestas en vigor por los oficiales de rango inferior y sus ayudantes. La amplia base de la pirámide social estaba compuesta por los productores primarios, labradores y ganaderos de condición libre, a los que se exigía que entregaran al estado (i. e. el palacio) una parte de la producción anual, que contribuyeran con su fuerza de trabajo a los proyectos de regadío y de construcción, y que prestaran servicio en el ejército. Muchos dependían de la clase dirigente, trabajando en calidad de arrendatarios en tierras que pertenecían al palacio o a los templos de los dioses. También algunos artesanos trabajaban directamente para el estado. Al final de la escala, por debajo de la población libre, aunque dependiente, estaban los esclavos. Aunque la esclavitud ya existía antes que la civilización, sólo se convirtió en una práctica importante desde el punto de vista económico y se conoció a gran escala después de la formación del estado.

La formación de los estados modificó la sociedad mesopotámica de mil maneras distintas. El arte y la artesanía dieron pasos de gigante, se inventó la escritura, y la arquitectura alcanzó unas proporciones monumentales. Todos estos refinamientos culturales fueron utilizados por las elites como instrumentos de control social. Los reyes y la alta nobleza, aprovechando una grandísima parte del excedente generado por la agricultura, la manufactura y el comercio, y millones de horas de trabajo humano, construyeron gigantescas murallas defensivas y templos, así como suntuosos palacios y complejas tumbas para sí mismos y para su familia. En particular, la arquitectura se puso al servicio de la religión, que en se convirtió en el medio de control más importante, pues identificaba la voluntad del gobernante con la de los dioses. Las grandes riquezas y el incremento de la población permitieron que unos ejércitos bien organizados librasen batallas a gran escala; y la guerra, que en un principio no era más que un conjunto de acciones espontáneas inspiradas por el deseo de venganza o el afán de botín, pasó a convertirse en una serie de campañas de castigo o de conquista organizadas deliberadamente por un gobernante contra otro.

La tendencia natural de dos estados limítrofes es intentar dominar al vecino. En la Mesopotamia primitiva, una ciudad-estado poderosa podía intimidar y conquistar a sus vecinas más débiles erigiéndose en capital. Su soberano se convertía entonces en gran rey de una serie de estados vasallos. Esos reinos eran inestables por naturaleza, pues la propia ciudad-estado que lo encabezaba era víctima continuamente de luchas intestinas por el poder y, además, las ciudades sometidas intentaban una y otra vez reafirmar su independencia. Por otra parte existía la amenaza constante de incursiones de pueblos que vivían en los alrededores de la civilización. En ocasiones, grandes grupos de guerreros salían en masa de las montañas o de los desiertos en los que vivían y se apoderaban de ciudades y reinos. Ése era el mundo geopolítico en el que durante el segundo milenio a. C. aparecieron las civilizaciones de Creta primero y de Grecia después.

GRECIA DURANTE EL BRONCE ANTIGUO (ca. 3000-2100 A. C.)

La tecnología de la fundición y elaboración del cobre se originó, al parecer, independientemente en el Asia occidental y en el sudeste de Europa antes de 6000 a. C. El siguiente paso, mucho más importante, consistió en añadir al cobre un 10% de estaño y producir bronce, mucho más duro, y se dio en el Oriente Próximo durante el cuarto milenio. La técnica llegó a Grecia hacia 3000 a. C.; pero aproximadamente en 2500, el uso del bronce y de otros metales como el plomo, la plata y el oro, se extendió por toda Grecia y el Egeo.

La introducción de la metalurgia supuso un avance tecnológico de primera magnitud, pues las herramientas y armas de bronce eran considerablemente más eficaces que las de piedra, hueso o cobre. Pero las consecuencias no sólo fueron utilitarias; el paso a la Edad del Bronce supuso un momento crucial en las relaciones sociales y económicas vigentes en Grecia, como había sucedido en Oriente. Fueron los personajes y las familias de alto rango, los que poseían un mayor excedente de riqueza, quienes en mayor medida tuvieron acceso al bronce y a los productos metálicos, siempre escasos. La posesión de esos productos y otros objetos de prestigio los alejó aún más de la masa de la población. Su demanda cada vez mayor de objetos de metal dio lugar a la aparición de obreros especializados y talleres locales, y aceleró el comercio del cobre y el estaño y otros metales no sólo con Oriente, sino también con los pueblos de la Europa central y occidental. La Grecia del Bronce Antiguo fue abriéndose paso en la economía y la cultura del mundo mediterráneo en general. Y con la expansión de la economía y el crecimiento de los asentamientos, se incrementaron la riqueza, el poder y la autoridad de los líderes, ahora convertidos en jefes hereditarios con carácter vitalicio, a los que se concedían honores y privilegios excepcionales.

Un gran poblado griego del Bronce Antiguo fue la ciudad de Lerna, en la Argólida, donde se han encontrado restos de importantes fortificaciones de piedra y algunas construcciones monumentales, la mayor de las cuales quizá fuera la casa del príncipe. El refinamiento de la arquitectura y la calidad de los artefactos nos hablan de un sistema político y económico bastante complejo, aunque mucho menos avanzado que los del Oriente Próximo o Egipto. Lerna floreció desde más o menos 3000 hasta aproximadamente 2100 a. C., cuando fue destruida junto con otras ciudades y aldeas de la Argólida, el Ática y Laconia. Por esa misma época se produjeron destrucciones de poblados análogas en buena parte de Europa.

GRECIA DURANTE EL BRONCE MEDIO (ca. 2100-1600 A. C.)

Tras esas destrucciones, Grecia entró aparentemente en una fase de estancamiento cultural. Durante los cinco siglos siguientes, los datos arqueológicos están muy dispersos y son muy poco llamativos. La mayoría de los historiadores relacionan las destrucciones de los poblados y el consiguiente atraso cultural con la incursión de un pueblo nuevo en el centro y el sur de la Grecia continental. La llegada de estos intrusos que hablaban una forma de griego muy primitiva marcó un punto decisivo en la historia y la cultura de Grecia y del Egeo.

Como suele ocurrir con los sucesos acontecidos en una prehistoria tan antigua, son muchas las incertidumbres en torno a la fecha de la llegada de esos hablantes de protó-

griego a Grecia. Quizá fuera hacia 2100 a. C., o dos siglos más tarde, cuando tenemos pruebas de la existencia de un nuevo tipo de cerámica y otros rasgos culturales posiblemente nuevos. Basándose en esos materiales, los arqueólogos han denominado esta fase cultural intermedia período «Heládico Medio» (ca. 1900-1580). El cuadro se complica aún más debido a una tercera teoría que sitúa la llegada de los hablantes de griego a finales del Heládico Medio, hacia 1600 a. C. Sin embargo, pese a la controversia reinante en torno a la fecha exacta de su llegada, todos los estudiosos admiten que los recién llegados formaban parte de una gran oleada de grupos migratorios procedentes del norte y el este, llamados colectivamente indoeuropeos. Esa unanimidad es fruto de los descubrimientos lingüísticos modernos.

Los indoeuropeos

Durante el siglo XVIII de nuestra era, los estudiosos empezaron a darse cuenta de que el griego tenía numerosas analogías con otras lenguas muertas como el latín, el antiguo persa, y el sánscrito (la lengua de la India antigua), así como con familias enteras de lenguas vivas, como el germánico o el eslavo. Observaron, por ejemplo, una similitud sorprendente en palabras como las que significan «madre»: sánscrito *mātar*, griego *mētēr*, latín *mater*, anglo-sajón *mōdor*, antiguo irlandés *mathir*, lituano *mōte*, ruso *mat'*. Las semejanzas existentes en el vocabulario y en la estructura gramatical entre las lenguas antiguas y sus descendientes no tardaron en dar paso a la idea de que todas procedían de un antepasado lingüístico común, denominado «protoindoeuropeo». Se planteó la tesis de que en un momento determinado existió un solo territorio ancestral indoeuropeo, situado acaso en las grandes estepas del norte de los mares Negro y Caspio (una de las múltiples propuestas), y de que las distintas lenguas se desarrollaron en el curso de las migraciones desde el territorio ancestral a destinos muy lejanos. Los hablantes de protogriego formarían, pues, parte de un primitivo y prolongado éxodo de pueblos, que a lo largo de los siglos difundieron las lenguas indoeuropeas por toda Europa y buena parte de Asia, desde Irlanda hasta el Turquestán chino.

Los primeros hablantes de griego

Finalmente, la lengua de los intrusos hablantes de griego sustituyó a las lenguas «egeas» no indoeuropeas, que se conservaron en griego fundamentalmente en algunos topónimos (e. g. *Kórinthos*) y en los nombres de algunas plantas y animales nativos como el *hyákintkos*. Este hecho indicaría, al parecer, que los hablantes de griego eran el grupo dominante de la sociedad, aunque una lengua puede desplazar a otra por motivos distintos a la conquista o la dominación. En cualquier caso, el proceso de desplazamiento probablemente fuera largo, y en él habrían coexistido durante siglos el griego y las lenguas indígenas.

Durante los siglos XIX y XX se plantearon numerosas conjeturas respecto al carácter de la organización social y la cultura de esos primeros hablantes de griego. Se suponía que los indoeuropeos eran una raza superior de guerreros «arios» montados a caballo originarios del norte, que entraron violentamente en el sur de Europa y con la misma violencia impusieron su lengua y sus costumbres a las poblaciones autóctonas, más dé-

biles, poco belicosas, y dedicadas a la agricultura. Esas hipótesis eran fruto de un eurocentrismo caracterizado por un fuerte sesgo racial. Ningún especialista admite en la actualidad nada de ese «mito ario», que fue el pretexto utilizado para cometer tantos crímenes contra la humanidad durante los siglos XIX y XX, y que culminó en los horrores perpetrados por los nazis y los fascistas durante los años treinta y cuarenta del último siglo.

Lo más que podemos afirmar con seguridad en torno a esos indoeuropeos recién llegados y hablantes de griego es que para subsistir se dedicaban al pastoreo y a la agricultura, y que conocían la metalurgia y otras técnicas, como la cerámica o la fabricación de vestidos. En cuanto a su sociedad, sólo podemos conjeturar que estaban organizados en familias y grupos más amplios (clanes y tribus) de carácter patriarcal (el padre era la autoridad suprema) y patrilineal (el linaje se calculaba por línea paterna). Su principal divinidad era Zeus, un poderoso dios varón; y eran un pueblo guerrero con un sistema jerárquico de autoridad. La idea en otro tiempo generalizada de que las sociedades preindoeuropeas de Grecia en torno al 2000 a. C. eran todo lo contrario —es decir, pacíficas, no jerarquizadas, y matriarcales (la ascendencia, la herencia y la autoridad procedían de la madre)— está en la actualidad muy desacreditada. En la mayoría de los terrenos, si exceptuamos la lengua, la religión y algunos elementos relativamente menores (como la arquitectura o la cerámica), los dos pueblos eran probablemente muy similares.

La mejor forma de explicar la decadencia en el ámbito cultural perceptible durante el Heládico Medio (ca. 1900-1580 a. C.) es apelar a una larga fase de ajuste, durante la cual la población nativa y los recién llegados fueron fusionándose poco a poco en un solo pueblo a través de generaciones y generaciones de matrimonios mixtos, y sus culturas se fundieron en una sola cultura de lengua griega que contenía elementos de las dos. Por otra parte, el Bronce Medio (Heládico Medio) no fue una época totalmente estática. Aumentó la población, se produjeron avances en el campo de la metalurgia, y comenzaron los contactos con las civilizaciones de Creta y del Oriente Próximo. Todo ello haría que hacia finales de este período se produjera la repentina aceleración cultural que desembocó en la civilización superior del Bronce Reciente (Heládico Reciente).

EL DESCUBRIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN EGEA: TROYA, MICENAS, CNOSOS

Las avanzadas civilizaciones que existieron en el Egeo durante la Edad del Bronce no se conocieron hasta que se excavaron a finales del siglo XIX tres famosas ciudades de la mítica Edad de los Héroes. Primero, en 1870, Heinrich Schliemann, un acaudalado hombre de negocios alemán convertido en arqueólogo, descubrió la ciudad de Troya. En tiempos de Schliemann, la mayoría de los historiadores rechazaban la veracidad de la guerra de los micénicos contra Troya (el acontecimiento más importante del pasado de los griegos), y la consideraban un cuento mítico más. Schliemann, sin embargo, estaba convencido de que la Guerra de Troya había existido exactamente tal como la contaban las antiguas epopeyas, la *Ilíada* y la *Odisea*. Utilizando a su admirado Homero como guía, empezó a excavar en un lugar llamado Hissarlik, junto a la costa noroccidental de Anatolia, y sacó a la luz las imponentes ruinas de una ciudad de la Edad del Bronce, que identificó con la Troya del mito. La noticia fue como una sacudida para el

mundo académico y cautivó la imaginación del público profano. ¡Había existido realmente una Troya, descubierta donde Homero decía que estaba situada!

Cuatro años más tarde, Schliemann comenzó las excavaciones de la propia Micenas de la Edad del Bronce. Pese a que los historiadores griegos hablan siempre de ella como de una ciudad de reducidas dimensiones y casi insignificante, la Micenas prehistórica resultó que era más que digna del héroe legendario Agamenón, su rey y el jefe de la expedición griega contra Troya. Aunque los descubrimientos de Schliemann no son una prueba concluyente de la existencia de una guerra a gran escala entre Troya y Micenas, las impresionantes ruinas desenterradas en ambos lugares, con sus inmensas riquezas en oro y otros productos de valor, demuestran que los recuerdos que los griegos tenían de su Edad Heroica (i. e. el Bronce Reciente) como una época de riqueza y esplendor fabulosos, eran acertados. Como Micenas fue el yacimiento más rico (y el primero) en ser estudiado en la Grecia continental, los arqueólogos llaman a toda la cultura de Grecia durante el Bronce Reciente (Heládico Reciente) época micénica (ca. 1580-1150 a. C.).

LA SOCIEDAD Y LA CULTURA MINOICAS (ca. 1700-1500 A. C.)

No menos espectacular fue el descubrimiento en 1899 de la tercera ciudad mítica, el complejo «palacial» de Cnosos en Creta, por el arqueólogo inglés Arthur Evans. Evans llamó a la civilización de Creta «minoica» por Minos, el rey mítico de Cnosos, que, según Homero, vivió tres generaciones antes de la Guerra de Troya. En la *Iliada* y la *Odisea*, Cnosos es la ciudad que domina un país rico y populoso. Ulises, el protagonista de la *Odisea*, lo describe así:

Existe una tierra

en mitad de las aguas vinosas; es Creta su nombre,
bien hermosa y fecunda, cercada de olas. Noventa
son allí las ciudades ...

Una de esas ciudades es Cnosos, la grande, en que Minos
de maduro reinó, consultor de Zeus máximo ...¹

Se sabe muy poco de la historia primitiva de esta gran isla montañosa (5.400 kilómetros cuadrados). Hacia 7000 a. C., sus primeros habitantes, un pueblo de lengua y origen desconocidos, se establecieron en las zonas central y oriental de la isla, donde había llanuras fértiles bastante grandes, y se dedicaron a la agricultura y a la ganadería. Durante el cuarto milenio aparecieron nuevos asentamientos, y algunos poblados agrícolas crecieron y se convirtieron en ciudades importantes. Con el aumento de la población y el incremento de la producción, los príncipes asumieron unos poderes considerablemente más grandes en sus ciudades y aldeas. Y lo mismo que en el Oriente Próximo, los príncipes de los poblados más grandes pasaron a ser gobernantes únicos de varias comarcas, por encima de otros príncipes y del pueblo. Creta se convirtió así en un país de pequeñas ciudades-reino.

El primer palacio real de Creta fue erigido hacia 2000 a. C. en Cnosos, que para entonces era una gran ciudad de varios miles de habitantes. Otros palacios, aunque no tan grandes ni tan magníficos como aquél, se levantaron después en Festo, Malía, Zakro y

1. *Odisea*, XIX, 172-179.

otros lugares, y cada centro dominaba un área de unos pocos centenares de kilómetros cuadrados. El auge político y cultural de Creta (y de otras islas del Egeo) probablemente deba atribuirse a su inclusión en el comercio internacional, que fue un componente fundamental de las economías estatales de Oriente. Las relaciones de Creta con Egipto y el Asia occidental fueron estrechas y directas, debido a su posición geográfica y al hecho de que sus puertos naturales hacían de ella una importante encrucijada en las rutas comerciales que atravesaban el Mediterráneo. Las economías palaciegas que surgieron en Creta fueron, en consecuencia, una réplica a pequeña escala de las economías estatales del Oriente Próximo.

Sigue abierta la cuestión de si los pequeños reinos minoicos se consolidaron hasta convertirse en grandes entidades políticas, como ocurrió en el Oriente Próximo, o si no llegaron a hacerlo. Unos opinan que hacia el siglo XVI a. C. la totalidad de la isla, o la mayor parte de ella, era un reino unificado, gobernado por el rey de Cnosos. Otros dicen que Cnosos era el centro dominante de una vaga federación de estados autónomos, lo que parece más probable.

La economía palacial minoica

El complejo palacial que podemos contemplar en la actualidad en Cnosos fue comenzado hacia 1700 a. C., tras la destrucción por un terremoto del primer palacio. Durante su vida sufrió varias restauraciones y añadidos, hasta que finalmente fue destruido hacia 1375. El palacio de Cnosos y los otros más pequeños que existen en Creta estaban formados por un sinnúmero de habitaciones —dependencias residenciales, talleres y almacenes—, apiñadas en torno a un gran patio central. Al igual que en Oriente, el palacio era el núcleo de toda la sociedad. La imponente residencia del soberano y sus subordinados de alto rango era, al parecer, el centro político y administrativo y el núcleo de la actividad económica, de las ceremonias oficiales, y de los ritos religiosos de todo el reino.

El tipo de economía que se desarrolló en torno a Cnosos y los demás palacios cretenses se denomina economía redistributiva. Su centro —el rey y el palacio— probablemente ejerciera un control notable de la asignación y el uso de las tierras circundantes, buena parte de las cuales pertenecía directamente al palacio. El producto de las tierras del palacio, así como el de las explotaciones agrícolas y ganaderas privadas, pagado en forma de tributo, iba a parar al mismo palacio, donde se almacenaba. El rey podía distribuirlo como quisiera. El flujo de productos alimenticios y de materias primas permitía a su familia y a su séquito llevar un estilo de vida suntuoso y además subvenir a las necesidades de los trabajadores de rango inferior del complejo palacial. Por otra parte, las grandes cantidades de grano y aceite de oliva almacenadas formaban una reserva para distribuir entre la población cuando se producían hambrunas u otras calamidades.

Sin embargo, el principal uso que hacía el rey de su excedente era el comercio. Las grandes áreas del palacio dedicadas a almacenes y la existencia de talleres indican que una parte significativa de la producción estaba destinada a la exportación a cambio de otros bienes. Los talleres trabajaban afanosamente para transformar en bienes materiales las materias primas procedentes de las zonas rurales, como por ejemplo la lana, el lino y las pieles, así como el bronce, el oro, el marfil y el ámbar procedentes

de fuera de la isla. No cabe duda de que muchos de esos productos iban destinados al comercio interior en las ciudades-reino. En toda la isla se han encontrado rastros de la existencia de una buena red viaria, a través de la cual los productos alimenticios, los animales y otros bienes pasaban de un centro a otro o a las ciudades y aldeas más pequeñas. Sin embargo, fue el intercambio de materiales y productos elaborados en el comercio mediterráneo lo que hizo tan ricos a Cnosos y a los demás palacios cretenses.

La diversidad y complejidad cada vez mayores de las economías palaciegas de Creta se ponen de manifiesto en la utilización que hicieron de la escritura con fines administrativos. Hacia 1900 a. C., los cretenses desarrollaron un sistema de escritura pictográfica, inspirado quizá en los jeroglíficos egipcios, en el que un determinado dibujo simboliza un objeto o una idea (como ocurre en el slogan «I ♥ New York»). Hacia 1800 a. C. este sistema evolucionó y se convirtió en una escritura lineal más estilizada, compuesta de signos específicos que representaban sílabas y que se unían para reproducir el sonido de las propias palabras. Aunque esta escritura (llamada «Lineal A» por los arqueólogos), conservada en pequeñas tablillas de arcilla, sigue en buena parte sin ser descifrada, es evidente que se utilizó para llevar el inventario económico de los palacios.

Las clases sociales de Creta

La prueba de la existencia de una sociedad de clases se pone de manifiesto arqueológicamente a través de las grandes diferencias apreciables en los niveles de vida, en los modos de vida, y en la condición social de la minoría privilegiada frente al resto del pueblo. La arquitectura y los hallazgos realizados en Cnosos y otros lugares nos dan una idea bastante buena del enorme lujo del que disfrutaban la familia real y la nobleza. Los arqueólogos además han descubierto en las ciudades situadas fuera de los palacios cómodas casas de dos y tres pisos, que indican la existencia de otro estrato inferior de familias privilegiadas. Este grupo de acomodada gente de ciudad probablemente formara un segmento muy pequeño de la población libre, y quizá perteneciera a los sectores administrativo y comercial. Por otro lado, los miles y miles de labradores y artesanos corrientes casi no han dejado huella en los restos arqueológicos. Los pocos testimonios existentes indican que vivían en casas pequeñas, amuebladas con mucha modestia, en pequeñas aldeas, y que eran enterrados con ajuares fúnebres muy escasos en tumbas sencillas. En otras palabras, vivían más o menos como sus antepasados. Sólo las familias de rango elevado disfrutaban de una riqueza grandísima y de unos modos de vida más lujosos, beneficios obtenidos de los tributos y la fuerza de trabajo extraídos del pueblo.

Con toda probabilidad, la gente corriente de Creta, como la de Egipto o el Oriente Próximo, aceptaba voluntariamente su papel de súbditos explotados, en la idea de que ese ordenamiento rígidamente jerárquico era el adecuado. Si bien es cierto que el pueblo obtenía beneficios en forma de protección frente a la hambruna y a los agresores externos, la aceptación voluntaria de la grave injerencia en sus vidas que suponía el palacio indica algo más, a saber, su identificación con el centro, esto es: con el rey. Como en todos los reinos antiguos, en Creta el rey no sólo era el gobernante, sino todo un símbolo. Era la encarnación del estado: comandante supremo en la guerra, legislador y juez, y, lo que es más importante, representante del país y del pueblo ante los dioses.

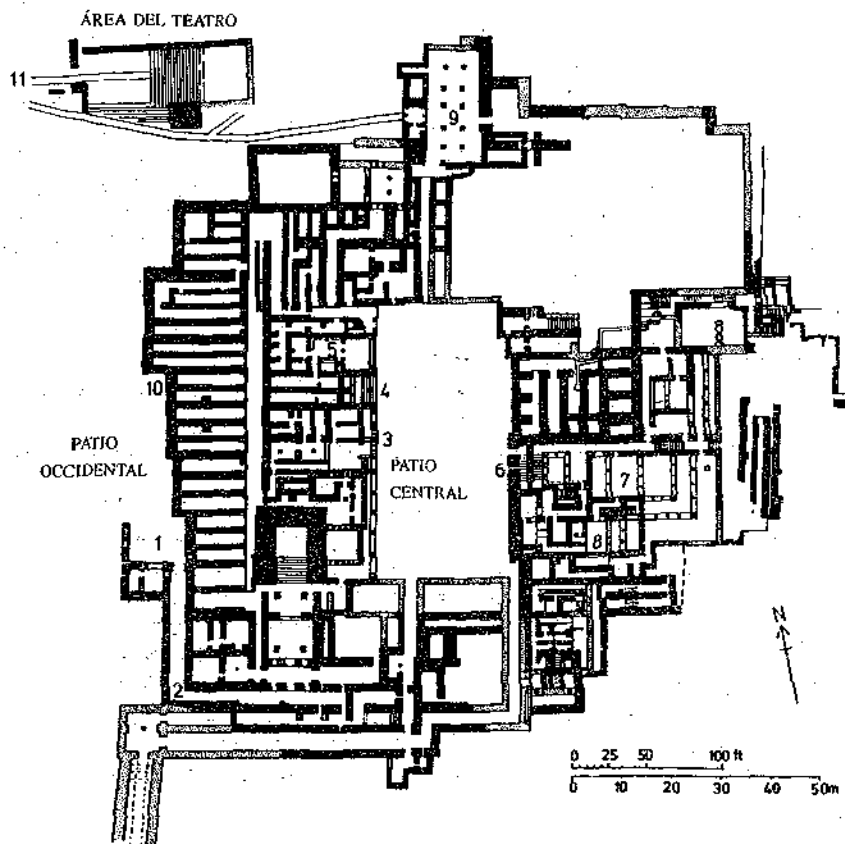
La ampliación de la función sacerdotal del soberano, en opinión de los historiadores, fue uno de los factores clave de la aparición del poder real. Evidentemente los monarcas del antiguo Egipto y del Oriente Próximo legitimaban en gran medida su posición apelando a la equiparación oficial del poder real con la voluntad de los dioses. Los egipcios ampliaron aún más ese principio identificando a cada nuevo faraón con la encarnación humana del dios Horus. Algunos estudiosos del Mediterráneo creen que los reyes minoicos gobernaban como reyes-sacerdotes, lo mismo que los monarcas mesopotámicos. Una diferencia fundamental entre unos y otros, sin embargo, es que en la Creta de la Edad del Bronce no existieron los grandes complejos templarios del Oriente Próximo; parece más bien que los propios palacios fueron el centro religioso de la sociedad.

La esclavitud

A un nivel económico y social por debajo de los labradores y los servidores del palacio de condición libre estaban los esclavos. Lo que diferencia a los verdaderos esclavos de otros individuos que realizan trabajos forzados no radica tanto en el trato que reciben, sino en el hecho de que no son personas, sino una propiedad. Aunque vivan en una comunidad, no son miembros de ella y por lo tanto carecen de la protección más elemental frente a la utilización arbitraria de sus cuerpos. Como la mayoría de los esclavos del mundo antiguo eran cautivos de guerra, es decir, forasteros, resultaba fácil aislarlos como no personas. Aunque la costumbre de capturar individuos y hacerlos esclavos se remonta sin duda a la Edad de Piedra, hasta la aparición de la civilización y del estado durante el cuarto milenio no existió la esclavitud a gran escala, entendida como una cuestión política y una necesidad económica. No tenemos forma alguna de calcular la proporción de esclavos existentes en las sociedades egeas respecto del resto de la población. Es probable, sin embargo, que la mayoría de ellos perteneciera a los palacios.

La cultura minoica

El arte y la arquitectura minoica deben mucho a las civilizaciones del Oriente Próximo y especialmente a Egipto. Los cretenses desarrollaron amplias relaciones comerciales y diplomáticas con Egipto y los estados de los litorales sirio y fenicio, y adoptaron las técnicas y los estilos de las civilizaciones más antiguas. El espíritu que domina el arte y la arquitectura minoica era, sin embargo, muy distinto al de aquéllas. La principal función del arte palacial en Oriente era glorificar a la familia real. Los reyes eran representados como conquistadores irresistibles y gobernantes poderosos. En el arte minoico, en cambio, no existen escenas que muestren al rey como un guerrero dedicado a la conquista, y de hecho son muy pocas, si es que existe alguna, las imágenes de la pompa real. Los temas y los motivos de los murales de los palacios minoicos son más o menos los mismos que los de las villas de «clase media». Por doquier encontramos motivos tomados de la naturaleza. El espíritu del arte de los palacios minoicos es sereno y feliz, a veces incluso risueño. Su objeto era hacer del palacio un lugar lleno de belleza y encanto.



El palacio de Cnosos

- | | |
|----------------------------|---------------------------------------|
| 1. Pórtico occidental | 7. Salón de las Dobles Hachas |
| 2. Pasillo de la Procesión | 8. «Mégaron de la Reina» |
| 3. Santuario del palacio | 9. Sala del Pilar |
| 4. Pórtico escalonado | 10. Almacenes |
| 5. Salón del trono | 11. Camino Real al
Palacio Pequeño |
| 6. Gran escalera | |

FIGURA 1.1a. Plano del palacio minoico de Cnosos, Creta.

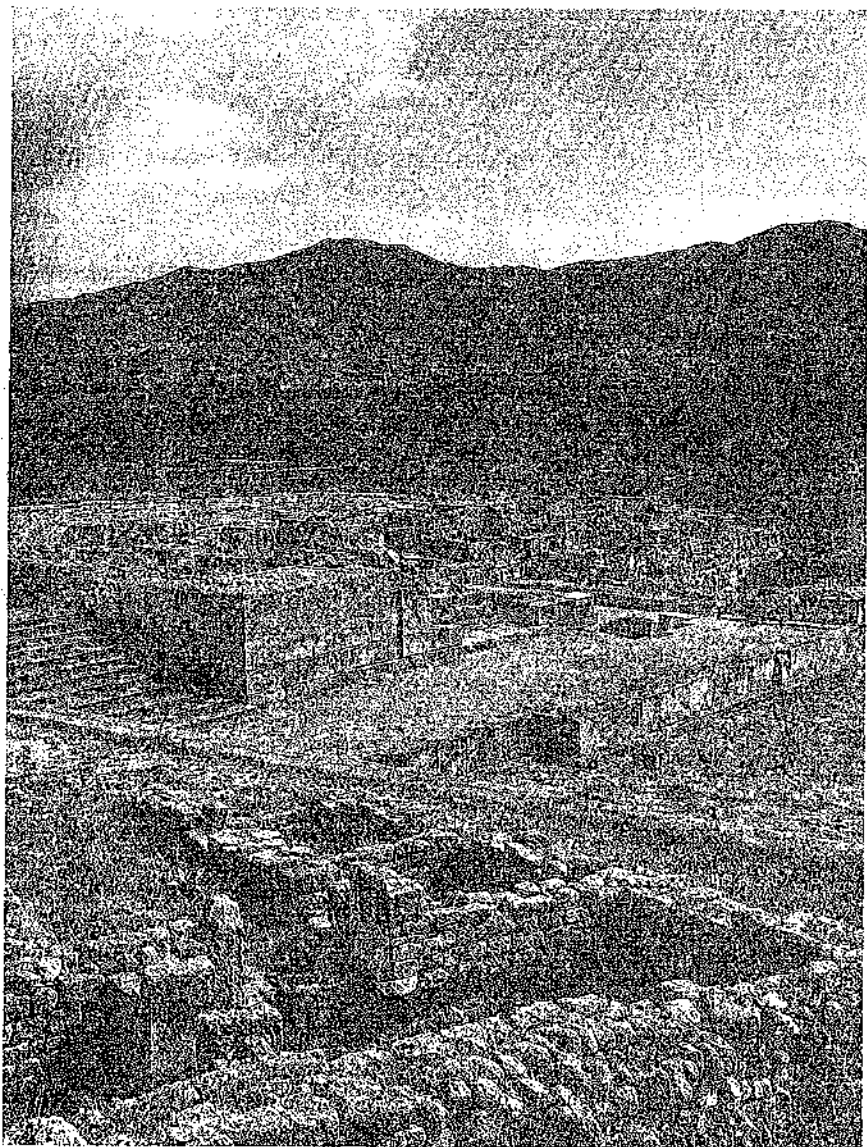


FIGURA 1.1b. Vista de las ruinas del palacio minoico de Festo, Creta.

Los visitantes de las ruinas de Cnosos, restauradas en gran parte por Arthur Evans a comienzos del siglo XX, quedan impresionados por sus dimensiones (ocupaba casi 13.000 metros cuadrados), la complejidad (tenía casi trescientas estancias) y la elegancia de su arquitectura. El palacio estaba hecho de piedra y adobes, y reforzado con vigas de madera (para resistir a los terremotos); y tenía dos o tres pisos, más sótano. Los pórticos (con columnas que nos parecen invertidas) y los numerosos balcones y logias, pintados con brillantes colores, daban a la fachada un aspecto teatral. Pequeños patios de luces permitían iluminar y ventilar el interior del palacio. Un sistema de tuberías y alcantarillas suministraba agua corriente a muchas habitaciones y permitía la eliminación de residuos. Las paredes y los pasillos estaban decorados con pinturas de vivos colores, que representaban motivos vegetales y animales, o escenas de la actividad de los hombres, a menudo procesiones y otros ritos.

La pintura minoica es muy admirada hoy día por su refinamiento, vitalidad y exuberancia, y puede compararse con las mejores producciones del arte de la época. Aunque la pintura egipcia fuera más cuidadosa con los detalles, los pintores cretenses muestran una mayor habilidad a la hora de expresar una sensación de movimiento y de vida. La cerámica minoica, así como la orfebrería y la elaboración de los metales y el marfil, se caracterizan por una destreza técnica y artística análoga. Los frescos y las estatuillas minoicas nos han conservado una imagen visual del aspecto que tenía aquel pueblo, es decir, de los ricos y poderosos habitantes de los palacios y «villas». Hombres y mujeres son representados con figuras jóvenes, esbeltas y llenas de gracia. Los hombres van afeitados y visten únicamente con una faldita corta, parecida al atuendo habitual de los egipcios. Las mujeres llevan complicadas faldas de volantes y corpiños con mangas, ceñidos al cuerpo, que dejan los pechos al descubierto. Hombres y mujeres llevan el pelo largo, delicadamente rizado, y brazaletes y collares de oro.

El aspecto plácido y despreocupado del arte minoico, el hecho de que ninguno de los complejos palaciales cretenses estuviera amurallado, y la tradición griega de época posterior, según la cual Cnosos fue una gran potencia marítima en tiempos del rey Minos, llevaron a los estudiosos de las últimas generaciones a crear la imagen de Creta como una isla pacífica y segura, a salvo de conflictos internos y externos. Sin embargo, el descubrimiento reciente de algunas representaciones de batallas por tierra y por mar, así como la aparición de restos de murallas y obras de fortificación, han hecho abandonar esa idea romántica.

Influencia minoica en el Egeo: Tera

Es bastante dudoso que los cretenses ejercieran realmente un dominio político fuera de su isla. Sin embargo, tuvieron una notable influencia económica y cultural en las Cícladas. Un ejemplo curioso de la hegemonía cultural minoica fue descubierto en la isla de Tera (la actual Santorini), a unas ochenta millas al norte de Creta. En 1967, el arqueólogo griego Spyridon Marinatos comenzó la excavación de una populosa ciudad de varios miles de habitantes, enterrada bajo casi cincuenta metros de cenizas volcánicas. La explosión que partió esta pequeña isla por la mitad —considerada la erupción volcánica más fuerte de la historia— se produjo, según la datación científica más reciente, en torno a 1630 a. C. Como en Pompeya (la ciudad romana de la Campania enterrada por la erupción del Vesubio de 79 d. C.), la ceniza endurecida formó una capa

protectora que nos permite contemplar hoy día un cuadro detallado de la vida urbana en el momento de mayor auge de la civilización minoica. Los frescos que adoman las paredes de varias casas tienen un estilo muy parecido y muestran una imaginación y una ejecución análogas a las mejores pinturas de Creta. Otros hallazgos menos espectaculares en otras islas de las Cícladas muestran una «minoicización» semejante en ámbitos tales como el arte, la religión, el vestido y los modos de vida. No obstante, la existencia de ciertos rasgos claramente «locales» dentro de la cultura de las Cícladas, indica que aquellas prósperas islas eran sociedades independientes, socios comerciales, y no avanzadas colonias de un supuesto imperio cretense.

LOS MICÉNICOS

Más o menos por la época de la destrucción de Tera, los griegos entraban en su fase de civilización. También ellos sufrieron una fuerte influencia de los cretenses, llegando incluso a adoptar el modelo de estado minoico. Aproximadamente un siglo después, unos griegos minoicizados del continente, los micénicos, pagaron con ingratitud a sus maestros invadiendo Creta y apoderándose de sus centros de poder.

Como ya hemos señalado, el término «micénico» se aplica a toda la civilización de Grecia correspondiente al Bronce Reciente (Heládico Reciente; ca. 1580-1150 a. C.). La aparición en la Grecia continental de un sistema político y social jerarquizado, basado en un control centralizado de la economía, viene a ser un resumen del proceso de formación del estado desarrollado en el Oriente Próximo y en Creta. Antes de 1600, Grecia ya había dado los pasos preliminares: aumento de la población, incremento de la productividad, expansión del comercio exterior, y fortalecimiento del poder económico y político de las autoridades. Cuando los estados del sur de la Grecia continental empezaron a participar plenamente en la economía comercial del Mediterráneo, no tuvieron más que ponerse el manto administrativo fabricado por los minoicos.

Los contactos entre la Grecia continental y Creta habían empezado ya en 2000 a. C., y a partir de ese momento siguieron incrementándose. Los testimonios de la influencia minoica sobre Grecia eran tan incontrovertibles que Arthur Evans, el descubridor de Cnosos, estaba convencido de que los palacios de la Grecia continental de los siglos XIV y XIII habían sido ocupados por reyes cretenses, súbditos leales del rey de Cnosos, cuya poderosa «potencia marítima» había conquistado Grecia. Pero la conclusión, por lo demás bastante razonable, a la que llegara Evans estaba totalmente equivocada, y lo que ocurrió en realidad fue todo lo contrario: fueron los micénicos los que conquistaron la isla. Los belicosos micénicos, que conocían íntimamente Creta y sus defensas, consideraron que aquella isla tan próspera era una presa muy jugosa. Pero, naturalmente, no estaban dispuestos a destruirla. Tras derrotar a las fuerzas cretenses, saquear algunas ciudades y palacios, y matar a sus mandatarios, los griegos del continente se apoderaron de Cnosos y de otros centros y asumieron el gobierno en lugar de sus antiguos príncipes.

La conquista micénica data aproximadamente de 1500-1450. Por esa misma época, una serie de importantes poblados cretenses sufrieron graves daños, aunque Cnosos no se vio demasiado afectada. Existen además indicios de que hacia 1500 a. C. las exportaciones minoicas a distintos lugares del Egeo experimentaron un fuerte retroceso, mientras que las micénicas aumentaron; y en varias islas del archipiélago de las



FIGURA 1.2. Fresco del pescador procedente de Tera.

Como ya hemos visto, los minoicos desarrollaron un sistema de escritura pictográfica para llevar el inventario de su economía, que utilizaron a partir de 1900 a. C. aproximadamente. Los pictogramas eran grabados habitualmente en pequeñas piedras utilizadas a modo de sellos (al apretarse sobre la cera o el barro fresco dejaban la impronta

Las famosas tablillas de arcilla

Como ya hemos visto, los minoicos desarrollaron un sistema de escritura pictográfica para llevar el inventario de su economía, que utilizaron a partir de 1900 a. C. aproximadamente. Los pictogramas eran grabados habitualmente en pequeñas piedras utilizadas a modo de sellos (al apretarse sobre la cera o el barro fresco dejaban la impronta

Cícladas pueden apreciarse con claridad influencias culturales micénicas. No obstante, la sociedad y la cultura cretenses, bajo la égida de los invasores micénicos minoicizados, no cambiaron demasiado. Para la inmensa mayoría del pueblo, la vida siguió siendo la misma, aunque ahora tuvieran que pagar sus tributos a unos reyes que hablaban griego. Y los nuevos monarcas gobernaron y vivieron como los reyes cretenses, aunque siguieran afeccionados a ciertas costumbres propias del continente (por ejemplo, en los ritos funerarios). A partir del siglo XV podemos hablar ya de una cultura minoico-micénica, de una dinámica fusión de las dos civilizaciones, que se vio ulteriormente enriquecida por el continuo influjo procedente del Oriente Próximo y Egipto.

Existen algunos motivos para creer que durante la dominación micénica Cnosos llegó a controlar buena parte de las zonas central y occidental de la isla (un área equivalente quizá a casi 2.500 kilómetros cuadrados), tras incorporar los territorios de otros centros palaciales hasta entonces independientes o semindependientes. Pero sus éxitos fueron relativamente breves. Hacia 1375, Cnosos fue incendiada y saqueada, y aunque el palacio en ruinas siguió ocu-

de sus símbolos) y probablemente fueran utilizados como etiquetas y marcas de propiedad. Esta escritura pictórica, que sólo permitía dar una información mínima, fue sustituida por un sistema silábico grabado sobre pequeñas tablillas de arcilla, y empezó a emplearse a partir más o menos de 1800 a. C. Arthur Evans descubrió unas cuantas tablillas escritas en este silabario en Cnosos; más tarde se encontraron pequeñas cantidades de tablillas en Festo, Malía y otros lugares de Creta y de las Cícladas, lo que demuestra que llegó a ser bastante utilizado en la zona entre los siglos XVIII y XV a. C.

En el estrato de destrucción de Cnosos, Evans descubrió una gran cantidad de tablillas de arcilla (casi tres mil) escritas en una versión de silabario lineal más elaborada. Evans denominó al primer sistema de escritura «lineal A» y al segundo «lineal B», y no se le pasó por la imaginación que representaran otra lengua más que la cretense. El descubrimiento en 1939 de varios centenares de tablillas en lineal B en el complejo palacial de Pilos, al sudoeste del Peloponeso, en un principio pareció reforzar su teoría de que la Grecia continental había sido dominada por los minoicos.

Se consiguió así tener una cantidad suficiente de material para hacer un intento serio de descifrar las tablillas en lineal B. Pese a todo, representaban un desafío enorme, pues su escritura no se parecía en nada a ningún otro sistema utilizado por las civilizaciones del Bronce Reciente, y nadie sabía qué lengua se ocultaba tras ella. Hasta comienzos de los años cincuenta se habían realizado muy pocos avances, pero entonces un joven aficionado británico, Michael Ventris, descubrió el código. Partiendo de la hipótesis de que los signos representaban sílabas y no letras, y de que la lengua que representaban pudiera ser el griego (y, en definitiva, no el minoico), Ventris logró por fin obtener los valores fonéticos de algunos signos. Por ejemplo, la combinación de tres signos —*ti-ri-po*— daba el equivalente silábico de la palabra griega *trípous* («trípode»).

En 1953, Ventris y su colaborador, John Chadwick, de la universidad de Cambridge, publicaron conjuntamente sus descubrimientos en un famoso artículo que cambió por completo nuestra imagen del Egeo durante la Edad del Bronce. En la actualidad no cabe la menor duda de que (1) la lengua de la cultura micénica era el griego, (2) los micénicos adaptaron la escritura lineal A cretense para representar su lengua, el griego, y la utilizaron para lo mismo que los cretenses utilizaron el lineal A, esto es, para llevar el inventario de sus palacios, y (3) los micénicos gobernaban Creta desde, por lo menos, el siglo XV a. C.

Los descubrimientos más recientes de nuevas tablillas en lineal B en Pilos (en 1952), Micenas, Tirinto y Tebas en el continente, así como en Chaniá, en Creta, han venido a incrementar el número de la documentación existente. Hoy día, la mayoría de las más de cinco mil inscripciones en lineal B han desvelado sus secretos. En cambio, pese a los pequeños éxitos cosechados, el lineal A, la escritura de la lengua cretense, por lo demás desconocida, todavía no ha sido descifrada.

EL MUNDO MICÉNICO ANTIGUO (ca. 1600-1400 a. C.)

En la Grecia continental e insular se han descubierto centenares de poblados de la Edad del Bronce, cuyo nombre puede identificarse en muchos casos gracias a las leyendas antiguas. La arqueología ha confirmado que las famosas ciudades de la poesía épica existentes en el continente, como Micenas, Tirinto, Pilos, Tebas y Atenas, fueron efectivamente los grandes centros de la Edad del Bronce. Sus grandes palacios, sin em-

bargo, fueron construidos durante los siglos XIV y XIII a. C. sobre los restos de las primitivas estructuras, mucho menos impresionantes, de los micénicos antiguos. Por consiguiente, lo que sabemos de la primera etapa de la civilización micénica, correspondiente más o menos al período comprendido entre 1600 y 1400, se basa en la información que nos ofrecen las tumbas y las ofrendas enterradas con los cuerpos de los difuntos, hombres, mujeres y niños.

La aparición del poderío micénico: las tumbas y enterramientos de fosa

El contenido de dos recintos funerarios de forma circular, reservados a las familias privilegiadas, ha arrojado mucha luz sobre la evolución de la Micenas primitiva. El círculo de tumbas más antiguo, descubierto fuera de la ciudadela en 1952, fue utilizado desde finales del siglo XVII (Heládico Medio) hasta más o menos 1500 a. C. Coincide en parte cronológicamente con el otro círculo de tumbas, situado en un extremo de la ciudadela y descubierto por Schliemann. Este último, mucho más rico, se usó desde comienzos del siglo XVI hasta después de 1500.

Las sepulturas de los dos recintos reciben el nombre de «tumbas de fosa», porque los cadáveres eran depositados en unos pozos rectangulares bastante hondos tallados en la roca. El primer círculo contenía numerosas armas de bronce (espadas, puñales, puntas de lanza, y cuchillos) y gran cantidad de cerámica local, pero pocos objetos de oro y joyas. En comparación, solamente en una de las tumbas del otro recinto, que contenía los cuerpos de tres hombres y dos mujeres, había no sólo todo un arsenal de armas (por ejemplo 43 espadas), sino también centenares de otros objetos preciosos, entre ellos exquisitas joyas de oro que adornaban los cuerpos de las mujeres. Los ajuares fúnebres demuestran la existencia de una artesanía soberbia, y el uso de materiales preciosos, como el oro, la plata, el bronce, el marfil, el alabastro, la porcelana y el ámbar, importados de Creta, Chipre, Egipto, Mesopotamia, Siria, Anatolia, y la Europa occidental. Los estilos y las técnicas dejan ver una mezcla ecléctica de elementos heládicos tradicionales y foráneos.

La riqueza cada vez mayor de las tumbas de fosa pone de manifiesto el desarrollo del poder de la clase dirigente de Micenas durante más o menos 150 años. Los ajuares fúnebres demuestran que durante el Heládico Medio los caudillos-guerreros y sus seguidores más próximos dominaban ya la economía local y estaban en contacto con las civilizaciones más consolidadas. Sus nietos y biznietos se convertirían en grandes señores de la guerra que, con la ayuda de sus subordinados inmediatos, establecerían una organización férrea de su economía local, y de paso contribuirían a su expansión, desempeñando un papel importante en la economía de todo el Mediterráneo.

Poco antes de 1500, las elites micénicas adoptaron un nuevo tipo de tumbas, llamadas de *thólos*, que nos proporcionan más pruebas del incremento de su poder y de sus recursos. Los *thóloi* (plural) encontrados por toda Grecia constituyen la máxima realización de la arquitectura micénica. Eran grandes cámaras de piedra en forma de colmena, excavadas en horizontal en el seno de un talud. Se accedía a la sepultura abovedada y a la cámara ritual a través de un largo pasillo de piedras apiladas y de una gran puerta de bronce, todo ello cubierto con un túmulo de tierra. El *thólos* representa la mayor prueba de ostentación de la clase alta micénica. Podemos considerarlo una afirmación visible de su «entrada» en la escena del Mediterráneo en general. Por desgracia, la

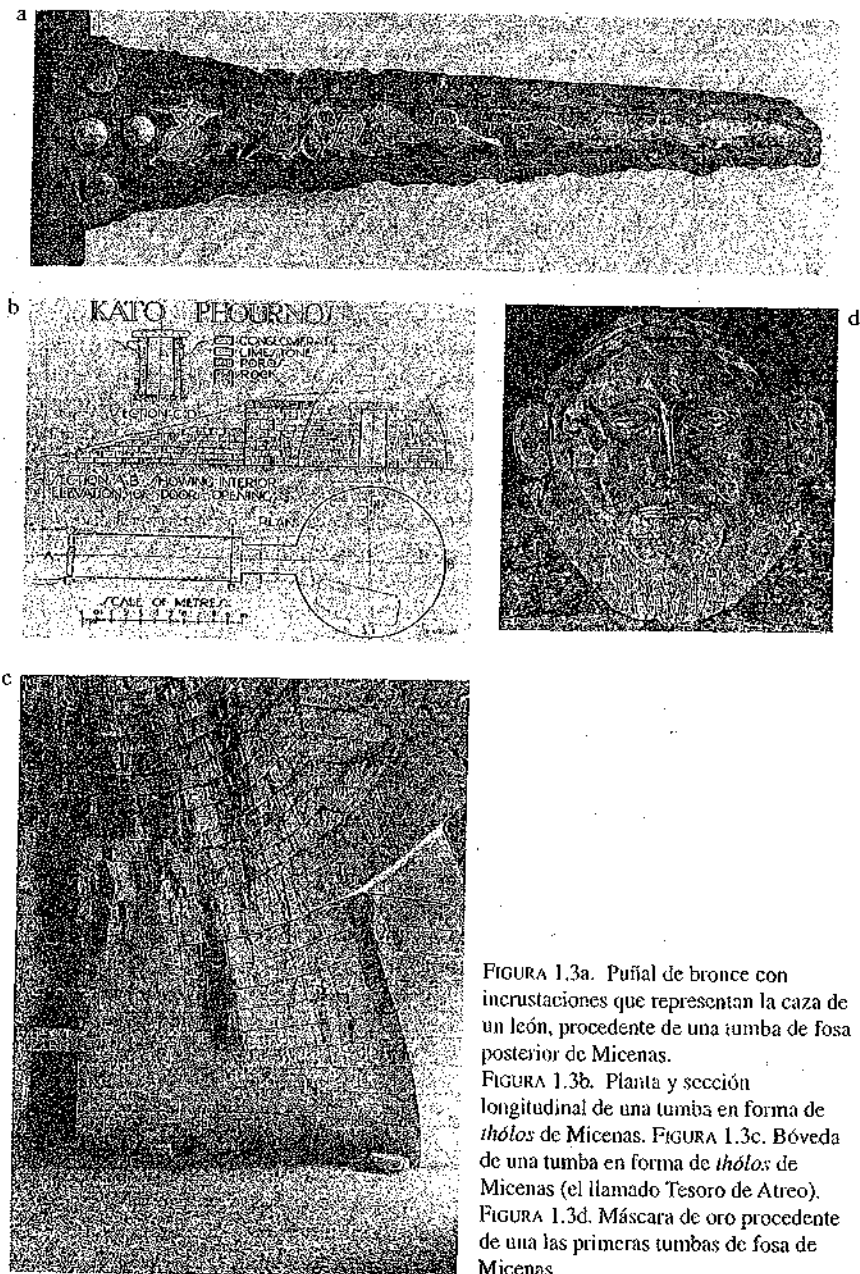


FIGURA 1.3a. Puñal de bronce con incrustaciones que representan la caza de un león, procedente de una tumba de fosa posterior de Micenas.

FIGURA 1.3b. Planta y sección longitudinal de una tumba en forma de *thólos* de Micenas. FIGURA 1.3c. Bóveda de una tumba en forma de *thólos* de Micenas (el llamado Tesoro de Atreo). FIGURA 1.3d. Máscara de oro procedente de una las primeras tumbas de fosa de Micenas.

mayoría de estas tumbas fueron saqueadas hace muchos siglos, pero las pocas que han llegado intactas nos han suministrado unos ajuares fúnebres incluso más numerosos y bellos que los de las tumbas de fosa. Los reyes y aristócratas propietarios de estos *thóloi* eran, al parecer, tan belicosos como sus antepasados, pero mucho más ricos y más minoicizados. Muchos de los enterramientos más recientes de los *thóloi* coinciden cronológicamente con la construcción de los grandes palacios de los siglos XIV y XIII, cuyas ruinas todavía podemos admirar hoy día.

EL MICÉNICO RECIENTE (ca. 1400-1200 A. C.)

Con los nuevos palacios, los micénicos entraron en la fase final de su poderío y su riqueza. La arquitectura y la decoración de los palacios micénicos siguen de cerca los pasos del estilo minoico, aunque con algunas diferencias notables. En primer lugar, los centros micénicos eran mucho más pequeños, y por regla general estaban situados en lo alto de una colina y fortificados por altas y gruesas murallas. Los palacios minoicos tenían una función defensiva muy escasa, mientras que ésta era, aparentemente, la principal finalidad de los palacios del continente. Las poderosísimas murallas de Micenas y Tirinte, erigidas con enormes bloques de piedra, constituyen un espectáculo impresionante incluso en su actual estado ruinoso. Los griegos de época posterior las llamaban ciclópeas, pues eran tan gigantescas que sólo podían haber sido levantadas por la raza mítica de los Cíclopes. Las fortificaciones estaban muy bien construidas, aprovechando perfectamente las ventajas ofrecidas por el terreno en pendiente, y tenían refinamientos que permitían a los defensores disparar desde dos flancos a los adversarios que atacaran las puertas.

La construcción, mantenimiento y reparación de las fortificaciones requerían un enorme gasto de recursos materiales y la movilización de la fuerza de trabajo de centenares de hombres. La ciudadela amurallada proporcionaba no sólo una defensa al palacio, sino también un refugio a los habitantes de la ciudad desprotegida que había a sus pies. Pero esas fortificaciones micénicas eran una muestra de jactancia de la riqueza y el poderío militar del rey, y al mismo tiempo una defensa para su palacio y para su pueblo. Aquellas murallas de seis metros de espesor en algunos puntos eran mucho más de lo que se necesitaba para frenar el ataque del enemigo. Las de las ciudades de épocas posteriores no serían ni mucho menos tan gigantescas, y, sin embargo, serían inexpugnables hasta la aparición de la maquinaria de asedio en el siglo IV a. C.

Los micénicos utilizaron, además, el espacio situado en el interior de los palacios de una manera notablemente distinta a los minoicos. En lugar del patio abierto y pavimentado de los complejos palaciales cretenses, el principal centro de interés de los micénicos era el *mégaron*, una amplia estancia rectangular, provista de una pequeña antesala y un pórtico al frente, que daba a un patio. En medio de esa enorme sala se levantaba un gran hogar de forma circular, flanqueado por cuatro columnas que sostenían una especie de balconada; encima del hogar había una especie de chimenea abierta en el techo para permitir la salida del humo. Es evidente que para los micénicos el *mégaron* era el centro ceremonial del palacio; lo utilizaban para la celebración de banquetes y juntas, y para recibir a las visitas. El *mégaron* perviviría en la forma de casa del jefe durante la larga Edad Oscura que vino a continuación, y como planta básica del futuro templo griego, la casa del dios, a partir del siglo VIII.

Los últimos palacios micénicos proporcionaban a sus habitantes unos niveles de lujo, refinamiento y belleza casi tan elevados como los de los minoicos. Aunque tuvieran menos estancias y carecieran de los ornamentos arquitectónicos de sus modelos, los palacios micénicos poseían algunos refinamientos cretenses, como por ejemplo un sistema de tuberías en su interior y hermosas pinturas murales. Los frescos son de un estilo completamente minoico, aunque su ejecución es más formalista, y muestran una preferencia por los motivos marciales, como, por ejemplo, los combates singulares, los asedios o las escenas de cacería. En las pinturas murales suelen aparecer hombres y mujeres vestidos con el traje tradicional minoico, pero en otras representaciones, como la cerámica pintada, podemos apreciar que los hombres llevaban habitualmente una túnica amplia de lana o lino, ceñida por un cinturón, y que las mujeres utilizaban una versión más larga de ese mismo tipo de túnica.

Relaciones entre los centros palaciales

Los especialistas ya no creen en la existencia de un «reino de Grecia» unido, encabezado por el rey de Micenas. A lo más que llegó la expansión política o militar en Grecia fue a la formación de pequeños reinos regionales bajo la égida de una sola ciudad; el reino de Pilos, en Mesenia, constituye un buen ejemplo de esta situación. La imagen resulta menos clara en las regiones en las que los grandes centros estaban más cerca unos de otros, como en la Argólida, donde había diez ciudades importantes, entre ellas las inexpugnables fortalezas de Micenas y Tirinte, a pocos kilómetros una de otra. Es posible que el rey de Micenas fuera el único monarca absoluto de la región, como el de Pilos lo era de Mesenia. En tal caso, deberíamos considerar el palacio de Tirinte una especie de avanzadilla del de Micenas. No obstante, no tenemos por qué suponer que todos los reinos micénicos tuvieran la misma estructura. Es igualmente posible que Tirinte y las otras fortalezas fueran poblados semi-independientes, cuyos soberanos reconocieran al rey de Micenas como su superior y le rindieran pleitesía. Las ciudades-palacio de Atenas y Tebas quizá ostentaran una posición de dominio análoga en las regiones de Ática y Beocia.

En cualquier caso, parece que de 1600 a 1200 las relaciones entre las distintas regiones y dentro de cada una de ellas fueron por lo general estables. No cabe duda de que se produjeron enfrentamientos entre las ciudades-palacio rivales por la hegemonía de su región, pero la arqueología ha revelado muy pocos ejemplos de guerra abierta. El incendio de Tebas a comienzos del siglo XIII quizá fuera obra de algún centro vecino, probablemente Orcómeno, que era una ciudad rica y populosa y durante la época clásica sería la perpetua rival de Tebas.

Influencia micénica en el Mediterráneo

En su momento de mayor apogeo, en torno al 1300, los reinos micénicos mantuvieron unas relaciones comerciales muy activas con todo el Mediterráneo, desde Cerdeña, el sur de Italia y Sicilia por el oeste, hasta Troya y Egipto por el este, y Macedonia por el norte. Se establecieron colonias y puestos comerciales micénicos a lo largo del litoral asiático y en muchas islas del Egeo, entre ellas Rodas y Chipre. Por todas partes la cul-

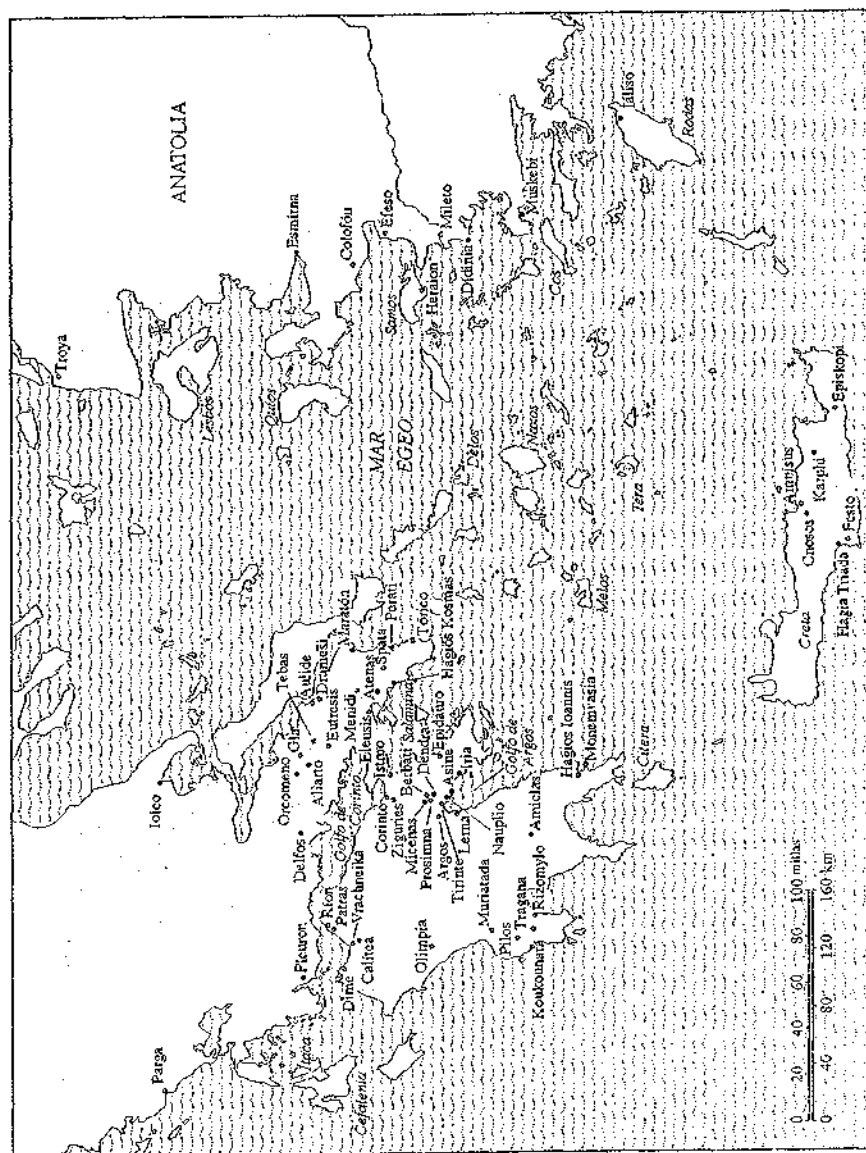


FIGURA 1.4a. Centros micénicos del siglo XIII a. C.

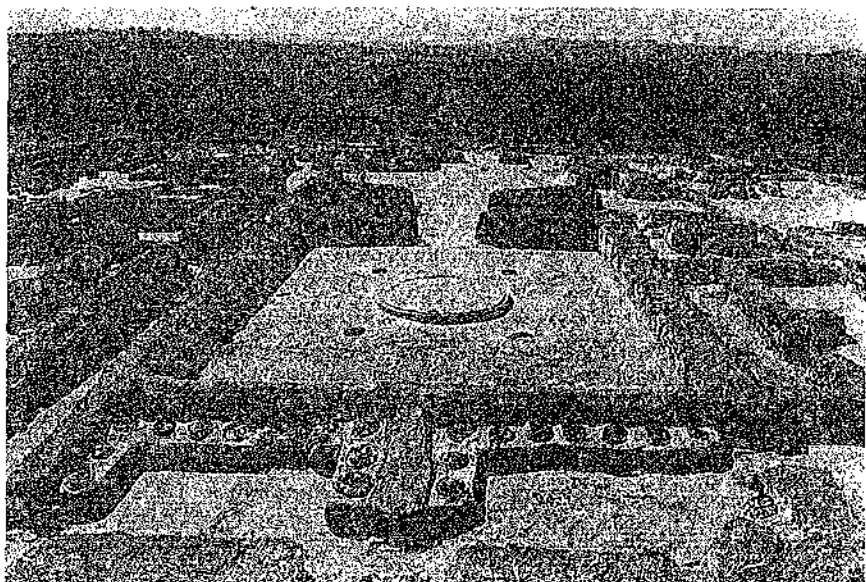


FIGURA 1.4b. Vista de las ruinas del *mégaron* del palacio micénico de Pilos.



FIGURA 1.4c. La «Puerta de los Leones» de la ciudadela de Micenas.

tura micénica muestra una notable uniformidad; incluso a los expertos les resulta difícil determinar si un vaso o un puñal encontrado, por ejemplo, en Mileto, en Anatolia, es de fabricación local o si procede de los talleres de un palacio de Grecia o de Creta.

La inmensa riqueza de los reyes y la nobleza micénica no procedía sólo del comercio pacífico, sino también de la piratería a escala internacional. Los guerreros enterrados en las tumbas y sepulturas cargadas de armas del Heládico Reciente eran ricos merodeadores capaces de organizar con suma facilidad grandes expediciones marítimas con el único fin de hacerse con un botín. Aunque fueran pocos en número, comparados con las enormes poblaciones de Oriente, y estuvieran divididos en pequeños estados, los griegos micénicos llegaron a ser la tercera potencia del Mediterráneo, por detrás del imperio hitita, que ocupaba casi toda Anatolia y Siria, y el espléndido y agresivo Egipto del Imperio Nuevo. Los archivos hititas de los siglos XIV y XIII hablan de un pueblo al que llaman *Ahhiyawa*, que según muchos sería la versión cuneiforme de los *akhaiwoi* micénicos, es decir, los «aqueos», término genérico utilizado en los poemas épicos del siglo VIII a. C. para designar a los «griegos». En una carta, el soberano hitita saluda a su «hermano, el rey de *Ahhiyawa* (Acaya)». Otros documentos hablan del intercambio de regalos entre el rey de Hatti y el de *Ahhiyawa*; los *ahhiyawa* eran enviados a Hatti a aprender a combatir en carro; y se cita a un dios de los *ahhiyawa* para que cure a un rey hitita. Las relaciones, sin embargo, no siempre eran pacíficas; durante el siglo XIII un «hombre de *Ahhiyawa*» invadió el territorio hitita en la Anatolia occidental. Estas alusiones probablemente no se refieran a la Grecia continental, sino a uno o varios de los reinos micénicos más próximos, situados en las islas o en la costa de Asia Menor. No obstante, las alusiones a los griegos en los documentos hititas (y posiblemente también en los egipcios) vienen a complementar los testimonios arqueológicos, según los cuales los micénicos constituían una presencia significativa en el mundo de los siglos XIV y XIII.

La administración de un reino micénico

Uno de los caudillos más importantes de la Guerra de Troya, según la *Iliada* y la *Odisea*, fue Néstor, que al decir de Homero, vivía en una espléndida mansión de innumerables habitaciones en una ciudad llamada Pilos, desde la que gobernaba un gran reino situado en Mesenia. El descubrimiento del «palacio de Néstor» por el arqueólogo americano Carl Blegen en 1939 fue tan trascendental como los de Troya, Micenas y Cnosos. No sólo venía a confirmar que una ciudad de la Edad de Bronce conocida exclusivamente por el mito había existido en realidad, sino que revelaba también que un centro alejado de los grandes palacios de la Grecia central y oriental podía ser tan rico y tan importante como ellos.

La fértil región de Mesenia, regada por numerosos ríos, se encuentra en el extremo sudoccidental del Peloponeso, y era una de las más pobladas de la Grecia micénica. Según un estudio reciente, su población pasó de los 4.000 habitantes durante el Heládico Antiguo a los 10.000 durante el Heládico Medio y a los más de 50.000 durante el Heládico Reciente. Algunos cálculos hacen ascender esa cifra hasta los 100.000. Pilos (escrito *Pu-ro* en el silabario lineal B) se convirtió en centro regional de poder más o menos al mismo tiempo que Micenas y otros lugares, llegando a su punto culminante durante las fases IIIA y IIIB del Heládico Reciente (aproximadamente 1400-1200 a. C.). El palacio, situado en la cima de una colina a unos siete kilómetros del mar, se construyó

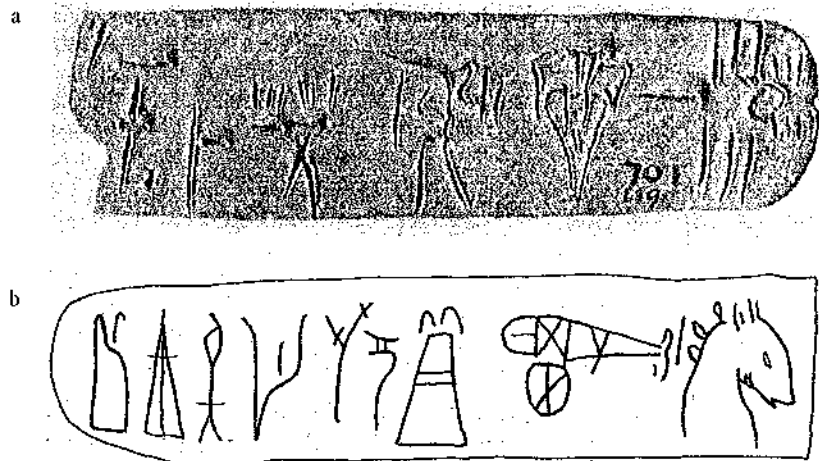


FIGURA 1.5a. Tablilla en lineal B procedente de la Cnosos micénica.

FIGURA 1.5b. Tablilla de Cnosos con el dibujo de un carro.

hacia 1300 a. C. sobre las ruinas de otro complejo de edificios anterior, bastante más pequeño.

La meticulosa excavación llevada a cabo por Blegen en este lugar, que había permanecido intacto desde su destrucción en torno al 1200 a. C., y la gran cantidad de tablillas en lineal B descubiertas en sus archivos, nos proporcionan la imagen más clara que poseemos de la organización y el funcionamiento de un reino micénico. Las tablillas de Pilos, junto con las de la Cnosos micénica, nos revelan muchos detalles de la gestión cotidiana de los sistemas sumamente reglamentados de producción y distribución de los palacios micénicos.

Las tablillas secadas al sol de Pilos y Cnosos eran inventarios provisionales, destinados a durar sólo hasta que la información contenida en ellos fuera pasada a otro registro mayor con carácter permanente. Se conservaron porque se cocieron durante los incendios que destruyeron los palacios. En otras palabras, lo que tenemos son las notas tomadas por los escribas del palacio acerca del personal y la producción, correspondientes únicamente a una pequeña parte del último año de vida de los palacios en los que han sido encontradas. No obstante, son bastante representativas de la administración palaciega correspondiente a todo el último período de vida del palacio.

Las tablillas nos dan una idea de lo que era la jerarquía micénica. En lo alto de la pirámide se hallaba el *wanax*, palabra que quizá signifique «señor» o «amo». A continuación venía, al parecer, el llamado *lawagétas*, palabra compuesta a todas luces de los términos «pueblo» y «guía», y que, según se cree, designaba al comandante supremo del ejército. Había además un grupo de personas de alto rango llamadas *teléstai*, que recibían la misma cantidad de tierras que el *lawagétas*. Se desconoce su función, pero algunos creen que eran sacerdotes. Otros personajes, que ostentaban el título de *hequetás* (probablemente «miembros del séquito») quizá fueran altos oficiales del ejército.

Por debajo de este estrato superior venían otros funcionarios de rango inferior que, al parecer, estaban al frente de las zonas periféricas. El reino de Pilos tenía una extensión

de unos 2.200 kilómetros cuadrados y contenía más de doscientas aldeas y ciudades. Desde el punto de vista administrativo, estaba dividido en dos «provincias», cada una subdividida a su vez en varias «comarcas», que recibían el nombre de la principal ciudad de cada una de ellas. Los títulos *korete* y *prokorete* que aparecen en las tablillas quizá correspondan al gobernador de la comarca y a su ayudante. Por último, parece que había un grupo bastante grande de oficiales que ostentaban el título de *pasireu*, que se encargaban de la administración de las ciudades y las aldeas. Los funcionarios y los oficiales del ejército mencionados en las tablillas representan únicamente el nivel superior de una numerosa burocracia. Subordinados a ellos había otros de rango inferior, que dependían de ellos lo mismo que ellos dependían del *wanax*. Las tablillas revelan que los oficiales de rango superior recibían del *wanax* tierras a cambio de los servicios prestados al palacio, así como una parte de las cosechas; indudablemente existían unas relaciones análogas entre estos oficiales y sus subordinados.

Los oficiales de rango superior, y quizá una parte de los de rango inferior, vivían en domicilios particulares bastante grandes, algunos de proporciones considerables, que se han descubierto en las ciudades, en las aldeas, y también en las pequeñas poblaciones rurales. Sólo las familias de rango más elevado podían permitirse el lujo de ser enterradas en los ostentosos *thóloi* (o quizá recibían autorización para ello). Las familias de la élite de rango inferior eran sepultadas en tumbas más sencillas de menores proporciones, criptas rectangulares excavadas en la roca. Al igual que los *thóloi*, algunas de esas «tumbas de cámara» eran más grandes que otras, y contenían unos ajuares fúnebres más o menos abundantes y ricos. Es posible que los ocupantes de las casas más ricas y de las tumbas de cámara fueran mercaderes y comerciantes particulares, que actuaban como agentes del palacio.

No obstante, la inmensa mayoría del pueblo, como es habitual, vivía en casas pequeñas, provistas de un mobiliario escaso, y con pocas comodidades, y eran enterrados en tumbas sencillas con unas cuantas vasijas u otros objetos pequeños. Su nivel de vida no era muy distinto del de sus antepasados, ni mejor ni peor. De hecho, durante casi toda la Antigüedad, la mayoría de los griegos tendrían fundamentalmente el mismo nivel de vida material que los hombres de la Edad del Bronce y, como ellos, se dedicarían a la agricultura, la ganadería y la artesanía. En la época micénica, como ocurriría después, la mayoría de los labradores y de los ganaderos vivían en aldeas rurales, mientras que casi todos los especialistas en cualquier tipo de artesanía se concentraban en las capitales comarcales y en las poblaciones de mayor tamaño. Las tablillas dan a entender que muchas familias trabajaban como arrendatarios de tierras pertenecientes a la nobleza, algunas de cuyas posesiones podían ser bastante grandes. Otras familias sencillas poseían parcelas a su nombre; los artesanos y los ganaderos aparecen registrados entre los «propietarios» de tierras privadas. Da la impresión de que las cincuenta o setenta y cinco familias que formaban la típica aldea micénica o bien poseían parcelas de las tierras del poblado, o bien arrendaban las tierras que eran asignadas a los funcionarios de rango superior.

La supervisión que hacía el palacio de las personas dependientes de él era muy exhaustiva. Se enviaban regularmente funcionarios a las zonas rurales para que realizaran inspecciones, y los tributos sobre la producción y los ganados cobrados a los individuos y a las aldeas eran metódicamente registrados, incluso los errores de cálculo. Una tablilla de Cnosos informa de lo siguiente: «habitantes de Lictos, 246,7 unidades de trigo; habitantes de Tifiso, 261 unidades de trigo; habitantes de Latón, 30,5 unidades

de trigo». Aunque los cálculos de la cantidad que representaba una «unidad» son muy inseguros, parece que los labradores de esos lugares no tenían que pagar unos tributos demasiado elevados. En cualquier caso, los testimonios de las tablillas no respaldan la teoría, en otro tiempo muy en boga, de que la inmensa mayoría de la población eran campesinos oprimidos, que trabajaban miserablemente en las fincas de sus amos nobles. Los hombres de las aldeas labraban sus tierras y cuidaban sus árboles, viñedos y ganados; pagaban sus tributos, contribuían con su trabajo al funcionamiento del palacio, y servían en el ejército. Las mujeres probablemente les ayudaran en las tareas del campo y realizaran las labores domésticas, tales como hilar, tejer, preparar la comida, y cuidar de los hijos. Algunas mujeres del campo realizaban también trabajos para el palacio en el ramo textil, tarea para la cual recibían raciones de lana y lino.

Como en la sociedad minoica, los esclavos ocupaban el lugar más bajo. Las alusiones a personas «cautivas» y «compradas» demuestran que los aristócratas-guerreros micénicos participaban en el negocio de la esclavitud. El número de los esclavos era bastante alto, y muchos de ellos eran de sexo femenino. Las tablillas de Pilos, por ejemplo, hablan de más de seiscientas esclavas, y de un número más o menos igual de niños de condición servil. Las mujeres mencionadas en las tablillas trabajaban moliendo grano, sirviendo en el baño, en la elaboración del lino, como tejedoras, etc. La mayoría de las mujeres de las que se habla estaban vinculadas al palacio; algunas vivían en otras ciudades del reino y recibían del palacio raciones de comida. Los personajes de rango superior también poseían esclavos, aunque muchos menos que el *wanax*. Los esclavos eran propiedades muy valiosas, tanto como productores como en su calidad de bienes destinados a ser vendidos y producir un rendimiento. Algunos eran empleados también como servidores domésticos, de modo que liberaban a sus propietarios de los trabajos más humildes. Durante toda la Antigüedad, los griegos consideraron muy interesante esta combinación de beneficios. De hecho, suele decirse que la civilización griega se «basó en el esclavismo». Aunque se trate de una simplificación exagerada, no deja de ser cierto que la esclavitud fue una institución fundamental y, salvo raras excepciones, su moralidad no fue puesta nunca en tela de juicio. Se practicó en todo el mundo griego y durante todas las épocas. Sin embargo, la práctica de la esclavitud a una escala realmente masiva no llegaría hasta el siglo VI a. C.

Es posible también que algunos trabajadores de condición inferior mencionados en las tablillas no fueran verdaderos esclavos —esto es, extranjeros hechos prisioneros o comprados en el mercado— sino nativos reducidos a un estado de dependencia permanente respecto del palacio. En tal caso, se les habría reconocido la condición de personas, y no serían pura mercancía, aunque en la práctica su situación no fuera muy distinta de la de los esclavos. En la Grecia posterior, esos «semiesclavos» no serían raros, y los más famosos serían los «ilotas» de Laconia y Mesenia, propiedad del estado de Esparta.

Manufactura y comercio

Las tablillas en lineal B demuestran, por otra parte, la magnitud y la complejidad de las actividades fabriles de los reinos micénicos. Se cita una colección impresionante de artesanos especializados que trabajaban para los palacios y otros centros. Se contrataban carpinteros, albañiles, bronceístas, orfebres, fabricantes de arcos, de armaduras, guami-

cioneros, perfumistas, y otros. En una tablilla se menciona a un médico. Las mujeres trabajaban sobre todo en el sector textil, como cardadoras, hilanderas, tejedoras y bordadoras. Las zonas del palacio dedicadas a talleres debían de ser lugares ruidosos y llenos de ajeteo y de olores a cual más interesante. El *wanax* vigilaba atentamente los talleres, y sus escribas anotaban de forma escrupulosa la cantidad de materias primas entregadas a los artesanos especializados, los objetos que fabricaban, y las raciones de comida que recibían a cambio de su trabajo. Las tablillas dan testimonio tanto de las habilidades de los especialistas como de la cuidadosa contabilidad que llevaban los escribas. Se mencionan docenas de artículos distintos, como por ejemplo: «un escabel de ébano con incrustaciones de marfil en forma de hombres y leones». La mayoría de los objetos como el que acabamos de citar, que requerían muchas horas de dedicación y trabajo y estaban hechos de materiales caros de importación, los conocemos únicamente por la descripción que de ellos hacen las tablillas; los objetos propiamente dichos se perdieron con el paso del tiempo. Los inventarios llegan a ser exhaustivos. Por ejemplo, se enumeran una por una las ruedas de los carros, y se toma nota del estado en el que se encuentran («en condiciones», «inservible»). Se inventariaban incluso los calderos de bronce rotos.

Algunas actividades industriales se desarrollaban a gran escala. Casi un tercio de las tablillas de Cnosos tienen que ver con las ovejas y la lana. Las cantidades de ovejas mencionadas son impresionantes; sólo en una comarca se habla de 19.000. En Cnosos y en las ciudades circundantes estaban empleadas grandes cantidades de mujeres como cardadoras, hilanderas y decoradoras de prendas de lana. También el *wanax* de Pilos controlaba una importante industria textil, tanto de lana como de lino. La metalurgia era otra de las manufacturas más destacadas de este reino; el número de los bronceístas mencionados (se calculan unos 400 individuos) y las cantidades de bronce que recibía cada uno nos demuestran que la producción de la industria del bronce, por ejemplo la fabricación de armas, superaba con creces las necesidades del consumo local.

La magnitud de estas actividades industriales pone de manifiesto que el sector textil y la metalurgia eran las dos grandes exportaciones de la economía palaciega. A ellas podríamos añadir la del aceite de oliva (natural y perfumado), el vino, las pieles, el cuero, y sus productos derivados. Las manufacturas de alta calidad, como por ejemplo la cerámica pintada, la orfebrería, y otros objetos suntuarios (como el escabel decorado citado anteriormente) competían en el comercio internacional de artículos de lujo. Sobre todo son las vasijas de cerámica (prácticamente indestructibles) los objetos que se han encontrado en lugares distantes. Pero la presencia de esos artículos indica que otros bienes más perecederos llegaban también a los centros comerciales de todo el Mediterráneo. En contrapartida, los palacios importaban otras cosas de las que carecía Grecia, como por ejemplo el cobre, el estaño, el oro, el marfil, el ámbar, los tintes, y las especias, así como variedades extranjeras de productos que existían en el país, por ejemplo vinos, tejidos, cerámica, orfebrería, y otros artículos de lujo o exóticos. Ni qué decir tiene que a las casas y las tumbas de la gente sencilla llegaban muy pocos de esos productos exóticos.

Religión

La creencia en fuerzas y seres sobrenaturales que controlan la naturaleza probablemente sea tan antigua como la humanidad. Y casi tan antigua como la creencia en los dioses son las prácticas de la religión: el culto y el rito, es decir, la adoración y los ac-

tos de devoción ejecutados por los adoradores, y los mitos religiosos, las ideas acerca de los dioses contadas en forma de relato como parte de la actividad ritual. El contenido específico del culto y de los ritos evoluciona y se modifica a lo largo del tiempo, pero su esencia y sus objetivos siguen siendo los mismos: mantener las relaciones armónicas entre la sociedad humana y los dioses.

Entre los pueblos agrícolas, las relaciones de los mortales con los inmortales giran en torno a la perpetuación de la fecundidad de la tierra y de los animales. Para aplacar a los dioses, que pueden conceder o quitar a su antojo las bendiciones de la naturaleza, los hombres hacen manifestaciones colectivas de respeto, por ejemplo la ofrenda de alimentos y el sacrificio de animales y, en algunas culturas, incluso de seres humanos. Cuanto más grande y más compleja es una sociedad, más elaboradas son esas manifestaciones. La arqueología revela que los habitantes de Creta, las demás islas, y la Grecia continental durante la Edad del Bronce no se diferenciaban de las demás culturas agrícolas. Honraban a sus dioses con procesiones, músicas y danzas, y procuraban propiciárselos con ofrendas y sacrificios. La matanza de animales en altares al aire libre constituía el rito más solemne. Es posible que entre los minoicos de la época más primitiva se realizaran sacrificios humanos.

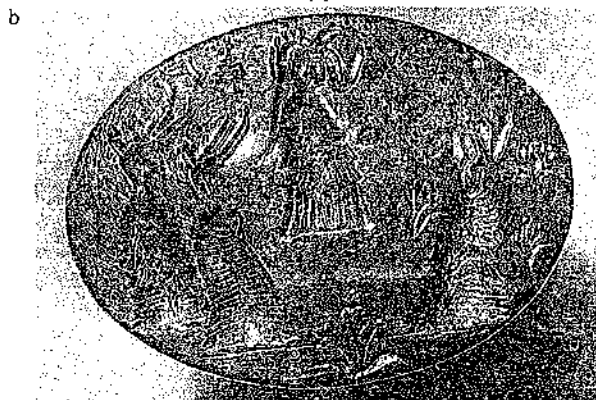
El primer objeto de veneración, tal como refleja el arte minoico, es una diosa, representada como una mujer vestida a la manera cretense y colocada en exteriores que muestran árboles y otros vegetales y animales. El mismo tipo de escenas de culto son representadas en los frescos micénicos y en los anillos de oro y plata. Los símbolos religiosos minoicos (cuyo significado no se comprende del todo) aparecen también en el arte del continente y de las islas: serpientes, pájaros, toros, cuernos de toro estilizados, y dobles hachas. Aunque esas semejanzas muestran la influencia minoica sobre la religión micénica, había diferencias muy significativas en las ceremonias y en las prácticas rituales. Por ejemplo, la mayor parte de los cultos minoicos tenían lugar en cuevas y en santuarios situados en las cimas de las montañas, mientras que los micénicos del continente no construían santuarios fuera de los centros de población. Además, los palacios cretenses contenían santuarios más numerosos y elaborados que los micénicos, donde parece que el complejo del *mégaron* constituía el principal escenario de las ceremonias religiosas.

Las figuras de diosas representadas por doquier en el arte minoico micénico fueron identificadas inicialmente con representaciones de una única diosa madre *pan egea*, que reinaba sobre toda la naturaleza. Ahora parece más probable que fueran representaciones de diferentes diosas, algunas de carácter local. Puede que desempeñaran funciones especiales relacionadas con la fertilidad dentro de la comunidad de adoradores, o que presidieran otros aspectos de la vida aparte de la fertilidad. Las tablillas asignan a las divinidades femeninas el título de *pótnia* («señora» o «ama»). Demuestran además que los dioses masculinos eran tan numerosos y tan importantes como las diosas, aunque sean representados artísticamente con menos frecuencia. No existe explicación de este hecho tan curioso.

Se han reconocido con seguridad o de forma provisional los nombres de cerca de treinta dioses y diosas en las tablillas de la Cnosos y la Pilos micénicas. Muchos de ellos serían desconocidos en épocas posteriores, pero unos cuantos son los nombres de los principales dioses de la religión griega que todos conocemos: Zeus, Hera, Posidón, Hermes, Atenea, Ártemis, y probablemente Apolo, Ares y Dioniso, así como algunas divinidades menores. Zeus, el dios supremo de la religión griega posterior, es evi-



FIGURA 1.6a. Estatuilla de una diosa procedente de Cnosos, Creta. FIGURA 1.6b. Anillo de oro procedente de Cnosos en el que aparecen unas mujeres adorando a una diosa.



dentemente el «padre cielo» indoeuropeo, y fue introducido por los primeros hablantes de griego. *Zeús patēr* («Zeus padre») es el mismo dios que el indio *Dyaus pitar*, el romano *Iuppiter*, o el germánico *Tiew* (que aparece en el nombre del martes en inglés, «Tues-day»). Los nombres de Hera, Posidón y Ares están formados también sobre raíces indoeuropeas.

Suele creerse que algunos de los dioses adorados por los micénicos, y en particular las diosas «señoras», son de origen pregregio (i. e. no indoeuropeo), y que las divinidades, ritos y creencias de los micénicos fueron fruto de la fusión entre las religiones matriarcales y de la fertilidad egeas y el culto de los dioses del cielo y de las tormentas de los indoeuropeos. Naturalmente, la tradición religiosa micénica que podemos observar se desarrolló a lo largo de más de siete siglos, demasiado tiempo para que podamos asegurar qué elementos de la religión micénica del siglo XIII eran originariamente indoeuropeos, egeos, o cretenses o, incluso, originarios del Oriente Próximo.

Es cierto, sin embargo, que el palacio controlaba la organización religiosa del reino. Las tablillas recogen las ofrendas en forma de tierras, animales, objetos preciosos, y mano de obra humana que el palacio realizaba a los dioses, para ser utilizadas en el sostenimiento de los santuarios y de sus sacerdotes y sacerdotisas. El férreo control económico y político que ejercía el rey sobre los santuarios y los sacerdotes constituye un indicio de que estaba en condiciones de reivindicar la sanción divina de su soberanía indiscutible. Cuando el rey oficiaba en las ceremonias religiosas y en los sacrificios, lo hacía como representante especial de la comunidad ante los dioses. No obstante, en los testimonios escritos y materiales no existe ninguna prueba que indique que el *wanax* era considerado un ser divino, ya fuera en vida o después de su muerte, o que funcionara como un rey-sacerdote al frente de un estado teocrático.

La guerra

No cabe duda alguna de que los reyes micénicos eran los comandantes en jefe de sus ejércitos. Por analogía con otros estados guerreros de pequeñas dimensiones, el *wanax* y su jefe militar (el *lawagétas*) habrían estado presentes en casi todas las batallas de importancia, y probablemente habrían participado en el combate al lado de sus subordinados. El ejército estaba estratificado socialmente; los oficiales procedían de la aristocracia, mientras que la tropa estaba formada por labradores y artesanos. El palacio dirigía todas las operaciones militares. Las tablillas registran los movimientos realizados por las tropas de «remeros» y por los «vigías (de la costa)», así como los gastos efectuados en armamento y raciones para los soldados. Desconocemos cómo estaba organizado realmente el ejército, aunque parece que estaba formado por unidades procedentes de todo el reino.

Las armas y la armadura son bien conocidas por los testimonios materiales, las representaciones plásticas, y las tablillas en lineal B. El equipo completo de un soldado constaba de un casco de cuero que llevaba cosidas unas tiras de bronce, una armadura para el cuerpo también de cuero o de tela acolchada, y un gran escudo fabricado con piel de vaca sobre una armazón de madera. La armadura de los oficiales era mucho más elaborada: casco de bronce o de colmillos de jabalí, peto de planchas de bronce, y grebas (protectores de espinilla y rodilla) también de bronce. Sus armas ofensivas eran espadas y puñales de bronce, pesadas lanzas de ataque con la punta de bronce, así como otras arrojadas,



FIGURA 1.7. Armadura de placas de bronce y casco de colmillos de jabalí procedentes de Dendra, en la Argólida, ca. 1400 a. C.

más cortas y ligeras, y arcos y flechas. No se sabe muy bien cómo se combinaban todas estas armas en el campo de batalla, ni cuáles eran las tácticas empleadas por los comandantes del ejército. Pero lo más enigmático es el uso que los micénicos hacían de los carros en el combate.

El carro

El carro fue inventado a comienzos del segundo milenio (la fecha exacta no es segura) y, por su rapidez, pronto se hizo muy popular en las civilizaciones de Mesopotamia, Anatolia, Siria y Egipto. Pequeña plataforma colocada sobre un par de ruedas radiadas altas y tirado por un par de caballos, el carro supuso una magnífica innovación en los medios de transporte sobre ruedas. Los caballos no podían arrastrar las pesadas carretas de cuatro ruedas utilizadas durante siglos, pues los arneses les apretaban el cuello y el pecho (problema que no se resolvió hasta la Edad Media, cuando se inventó el collar). Debido a la enorme ligereza del carro (podía levantarlo un hombre solo), un par de caballos podían tirar perfectamente de él y de sus dos ocupantes durante varios kilómetros a una velocidad desconocida hasta entonces. Un caballo montado por un jinete podía correr más deprisa, pero sólo en distancias cortas. Utilizado al principio por la nobleza sólo para las comunicaciones más rápidas, para la caza, los actos protocolarios, y las carreras, el carro empezó a desempeñar funciones militares en el siglo XVII a. C., hasta que el destacamento de carros se convirtió en el arma principal de los ejércitos de todo el Oriente Próximo. La maniobra fundamental

era la carga en masa de los carros de un ejército contra los de otro, con un hombre conduciendo y otro disparando flechas. La caballería, esto es el cuerpo de guerreros montados que luchaban en formación, era desconocida en la Edad del Bronce.

El carro hizo su aparición en Grecia en torno al 1600 a. C., después de que la complicada técnica de su manejo fuera perfeccionada por los hititas y otros grandes estados. Desde el primer momento, los micénicos lo utilizaron en el campo de batalla y para todo

tipo de actividades pacíficas. Sin embargo, suele pensarse que su uso militar se limitó al transporte de la élite de guerreros de infantería pesada al campo de batalla. Ésa es la única función que atribuían al carro de guerra los poemas homéricos del siglo VIII. De hecho, cuesta trabajo imaginar la carga de un gran destacamento de carros en el terreno desigual de Grecia. No obstante, si bien es cierto que Grecia no tenía nada que ver con las amplias llanuras de los países de Oriente, es concebible que se produjeran versiones en miniatura de los combates en carro propios de Oriente en los campos situados al pie de las fortalezas micénicas. El *wanax* de Cnosos tenía un destacamento de carros quizá de 200 unidades, y es posible que Pilos tuviera casi otras tantas. Estas cifras resultan ridículas comparadas con los 3.500 carros hititas que el faraón Ramsés II (1298-1232 a. C.) se jactaba de haber derrotado en una sola batalla, pero están en consonancia con las pequeñas dimensiones de los reinos micénicos.

En cualquier caso, la importancia del carro no radicaba en su uso en el campo de batalla, sino más bien en el prestigio que confería. Como los grandes palacios o las tumbas en forma de *thólos* y sus ricos ajuares fúnebres, la adopción del carro venía a demostrar que los caudillos guerreros semibárbaros de la Grecia del Bronce Reciente eran iguales desde el punto de vista cultural que los grandes reyes de Asia y Egipto. El carro, el objeto más costoso y más complejo de la industria conocida por los griegos, conservaría su importancia como símbolo de prestigio durante muchos siglos después de haber perdido su función militar.

EL FIN DE LA CULTURA MICÉNICA

En el momento de mayor auge, la civilización micénica sufrió un golpe mortal. En unas pocas décadas en torno a 1200 a. C., casi todos los palacios, grandes y pequeños, desde Iolco en Tesalia al sur del Peloponeso, fueron atacados, saqueados e incendiados por unos invasores. Toda esta destrucción fue creciendo en espiral, hasta el punto de que a finales del siglo XII prácticamente no quedan huellas arqueológicas de la gran civilización y cultura micénica.

Algunos centros, como por ejemplo Pilos, no volvieron a ser habitados después del golpe inicial. Otros, como Micenas o Tirinto, pronto fueron ocupados de nuevo e incluso gozaron de un breve resurgimiento, pero todas esas recuperaciones duraron poco. Micenas sucumbió a un nuevo ataque en torno a 1150, y no volvió a recuperarse. Tirinto incrementó de hecho considerablemente sus dimensiones y su población durante el siglo XII (probablemente debido a la llegada de refugiados), pero hacia 1100 ya había quedado reducida a un grupo de pequeñas aldeas alrededor de la acrópolis. Los lugares que no fueron destruidos o bien fueron abandonados por completo, o bien sufrieron una drástica reducción de sus dimensiones. Un ejemplo curioso es el gran poblado de la Edad de Bronce existente en Atenas, en el Ática, que se convirtió en un puñado de pequeñas aldeas esparcidas al pie de la acrópolis, aunque su palacio y la ciudad se libraron de la destrucción. Estas destrucciones provocaron además grandes movimientos de población con destino a otras zonas, supuestamente seguras, como la parte oriental del Ática, el sur de la Argólida, Acaya (que conservó el nombre micénico de los aqueos), la isla de Cefalonia en el mar Jónico, y la lejana Chipre.

En realidad, la caída de la civilización griega del Bronce Reciente formó parte de una catástrofe de dimensiones mucho mayores que afectó a todo el Mediterráneo orien-

tal y que se dejó sentir incluso en Occidente, en Italia, Sicilia y las islas adyacentes. Hacia 12000, el poderoso reino hitita se vino abajo; su capital, Hattusa, y muchas ciudades de Anatolia y Siria fueron arrasadas. Los invasores fueron, al parecer, unas tribus procedentes del norte y del este de Anatolia, y otros grupos de merodeadores a los que las inscripciones egipcias se refieren llamándolos «el país y los pueblos del mar» o «los hombres del norte de todos los países».

Este último grupo, llamado habitualmente hoy día los Pueblos del Mar, atacó Egipto en 1232 y volvió a hacerlo a comienzos del siglo XII, aunque en ambas ocasiones fue rechazado no sin grandes costes. El reino de Egipto sobrevivió, pero no volvería a recuperar su anterior poderío. En Anatolia, la civilización languideció durante casi cuatrocientos años. Entre las bajas debemos contar a Troya, que fue asediada e incendiada entre 1250 y 1200. No tenemos forma de saber si los responsables de su destrucción fueron o no los griegos micénicos, como decía la leyenda de la Guerra de Troya, aunque disponemos de algunos testimonios que probarían que los micénicos tomaron parte en los estragos que asolaron el Mediterráneo a finales del siglo XIII y comienzos del XII.

Las inscripciones egipcias recogen los nombres de las belicosas bandas de invasores y emigrantes procedentes de todo el Mediterráneo que formaban parte de los Pueblos del Mar. Entre los pueblos que han sido identificados provisionalmente había libios del norte de África; filisteos, de cuyo nombre procede el de Palestina; y grupos procedentes de Anatolia, Sicilia y Cerdeña. Se alude también a un pueblo llamado *ekwesh*, que probablemente fueran los aqueos (nombre por el que se conocía a los micénicos). Así, pues, aunque el panorama resulta desesperadamente confuso, los estragos de que fue víctima el Mediterráneo quizá puedan relacionarse con el movimiento migratorio de los pueblos del norte que desplazaron a otros hacia el sur, haciéndoles víctima de violentas incursiones y protagonizando migraciones que pusieron fin a siglos de relativa estabilidad en la región.

La «invasión doria» y otras teorías

A partir de mediados del siglo XIII, los reinos micénicos muestran signos aparentes de preocupación relacionados con el peligro de ataques. Se produce un fuerte incremento de las obras de fortificación en Grecia, y centros carentes hasta entonces de murallas construyen nuevas defensas. Micenas, Tirinto y Atenas reforzaron considerablemente sus murallas y tomaron complejas medidas para garantizar el aprovisionamiento de agua cavando nuevos pozos dentro de sus ciudadelas. Se levantó incluso una muralla defensiva en el estrecho Istmo de Corinto, presumiblemente con el objeto de proteger el Peloponeso de una invasión procedente del norte. Los palacios de toda Grecia tomaron precauciones que al final resultarían inútiles.

La identidad de los atacantes de 1200 a. C. sigue siendo uno de los grandes misterios sin resolver de la historia de Grecia. Hasta hace muy poco, la opinión era unánime en este sentido: se trataba de los «dorios», tribus de hablantes de griego que habitaban en el norte de Grecia, en la zona de los montes Pindo, en el Epiro y Tesalia. Situados en la periferia del mundo micénico, pero sin formar realmente parte de él, los belicosos dorios se dirigieron, según esta teoría, hacia el sur en una serie de movimientos migratorios sucesivos, saqueando primero los palacios y estableciéndose después en las ricas llanuras del Peloponeso.

La teoría moderna de la «invasión doria» se basa en buena parte en las afirmaciones de los dorios antiguos. El dorio era uno de los tres grandes dialectos en que se dividía el griego antiguo, y se hablaba en el Peloponeso, de donde pasó a Creta, a Rodas y a otras islas del Egeo, y a la costa del sudoeste de Anatolia. Los hablantes de dorio afirmaban que sus antepasados eran los Heraclidas, los «descendientes de Heracles», hijo de Zeus y una mortal, Alcmena, y el más grande de los héroes griegos. A la muerte de Heracles, decía la leyenda, sus hijos fueron expulsados del Peloponeso y se trasladaron al norte. Más tarde, varias generaciones después de la Guerra de Troya, sus descendientes regresaron al sur para reclamar por la fuerza la posesión del Peloponeso, que legítimamente les correspondía, afirmando que eran los verdaderos «aqueos». Las leyendas de los griegos de época posterior de Jonia y el Ática añadirían nuevos elementos de crédito a la teoría de la invasión doria. Según esos mitos, el deseo de escapar al «Regreso de los Heraclidas» hizo que algunos antepasados suyos se recolocaran en determinadas zonas apartadas del continente (por ejemplo en Acaya, que conservó su nombre), mientras que otros grupos —por ejemplo los fugitivos del reino de Pilos— se refugiaron en Atenas, que se había librado de la destrucción, y de allí emigraron a la otra ribera del Egeo, estableciéndose en la costa central de Anatolia, región que llamaron Jonia. Esas migraciones corresponden a la división dialectal, que sitúa a los hablantes del dialecto jónico en el Ática, las islas del Egeo y la costa de Anatolia, en la franja que va de Esmirna a Mileto. La arqueología confirma que las migraciones a Jonia se produjeron en torno al año 1050 a. C.

Pero los arqueólogos han descubierto que los elementos que en otro tiempo se consideraban introducidos por los invasores dorios (por ejemplo el hierro, la cremación y algunos nuevos tipos de armas) en realidad no fueron traídos por un pueblo nuevo durante un único período de tiempo claramente definido; y los únicos signos materiales de los dorios se datan en la actualidad mucho después de la época de las destrucciones, en torno al 1000 a. C. o incluso más tarde. Se han presentado otras teorías para explicar la destrucción de las ciudades micénicas: terremotos devastadores, bandas de merodeadores del estilo de los que formaban parte de los Pueblos del Mar, guerras feroces entre los distintos reinos que provocaron su mutua destrucción, o rebeliones de los campesinos y esclavos micénicos, que se sublevaron contra la opresión de sus amos.

Una explicación más plausible es la que dice que los micénicos, lo mismo que otras civilizaciones mediterráneas, sufrieron un «hundimiento del sistema»; un colapso de sus estructuras económicas y sociales. Esa situación vino determinada, según se dice, por problemas tales como sequías prolongadas, excesos de población, agotamiento del suelo, fomento de un número demasiado escaso de cultivos, y otras dificultades internas análogas, que las pesadas burocracias de los palacios no fueron capaces de corregir. Cuando un sector del sistema gubernamental falló, otros sectores se vieron afectados, hasta que toda la estructura de gobierno se vino abajo y las fortalezas se convirtieron en presa fácil para diversos tipos de invasores. La solución de los problemas internos supuso la casi total interrupción del comercio mediterráneo durante los disturbios de finales del siglo XIII y el período inmediatamente posterior. El cese del comercio exterior —y de las lucrativas oportunidades de conseguir botín que comportaba— podría justificar por sí solo la incapacidad de recuperación de que dio muestras la economía micénica, y quizá explique también por qué los centros y los subcentros que no sufrieron daños físicos entraron en una fase de decadencia o de estancamiento, igual que los que fueron incendiados o arrasados.

La llegada de los dorios, pues, quizá no fuera en realidad una invasión, sino una mera intrusión en el vacío político creado por la eliminación de los reinos micénicos. Los grupos de hablantes de dorio procedentes del norte probablemente fueran infiltrándose en el Peloponeso durante un largo período de tiempo, y quizá tomaran la península y algunas islas, por ejemplo Creta, utilizando la fuerza para subyugar a lo que quedaba de las antiguas poblaciones micénicas.

Desde el Neolítico hasta el Bronce Reciente, Grecia fue una sociedad sin estado de labradores y ganaderos dirigida por caudillos locales, mientras que las civilizaciones de Oriente fueron surgiendo y haciéndose poderosas. Impulsada por sus contactos con Creta, Grecia dio un salto repentino y entró en la civilización en torno al 1600 a. C. Los estados micénicos llegaron a la cima de su poder y sofisticación hacia 1300. Durante un breve período, constituyeron una presencia importante en el Mediterráneo oriental y alcanzaron unos niveles de refinamiento cultural cercanos a los de las civilizaciones más antiguas. Pero en torno al 1200, la civilización micénica se desintegró por completo.

Con la destrucción de los palacios, el tipo de organización social y económica propio del Oriente Próximo desaparecería para siempre de Grecia. En cambio, en Egipto y en el Oriente Próximo, que también sufrieron graves reveses a finales del siglo XIII a. C., el antiguo modelo de estados monárquicos sumamente centralizados y rígidamente jerarquizados siguió vivo. Se trata de un buen indicio de que, por debajo de la capa de riqueza y estabilidad, la economía y el gobierno micénicos tenían unas raíces muy poco profundas, y eran unos sistemas esencialmente frágiles.

Probablemente nunca sepamos con seguridad por qué la civilización micénica tuvo un final tan brusco y tan rotundo. Lo que sabemos es lo siguiente: con el fin de la primera etapa de la civilización griega llegó el comienzo de una nueva era, tan diferente de aquella que, cuando los griegos querían remontarse a su pasado del Bronce Reciente, sólo podían imaginarlo como una especie de mundo mítico de ensueño, como una época en la que los dioses y los hombres vivían mezclados: